

**Ediciones Turas Mór**  
es un emprendimiento  
para crear libros electrónicos  
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras  
pertenecen exclusivamente a cada autor.  
Se prohíbe la reproducción total o parcial  
de este material sin la cita de su fuente  
y el respectivo permiso de su autor.

**Ediciones Turas Mór**  
es miembro fundador de  
**e-ditores.**

**e-ditores**

**Ediciones Turas Mór**

e\_ditores@yahoo.com.ar

e\_ditores@yahoo.com.ar  
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia  
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,  
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>  
o envíe una carta a Creative Commons,  
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



**Ciencia Ficción**  
**Fantasía**  
**Terror**



**Ediciones Turas Mór**

**31**





La nueva literatura fantástica hispanoamericana

## Contenido

|                                                                                 |    |
|---------------------------------------------------------------------------------|----|
| Editorial .....                                                                 | 3  |
| <i>La grilla</i> (HÉCTOR H. OTERO) .....                                        | 5  |
| <i>El vampiro de Nîmes</i> (ALBERTO TRIANA) .....                               | 10 |
| <i>Un mundo perfecto</i> (E. VERÓNICA FIGUEIRIDO) .....                         | 13 |
| <i>Las escogidas</i> (DANIEL GONZÁLEZ) .....                                    | 21 |
| <i>El pasaje</i> (LELIA TORBOLI) .....                                          | 25 |
| <i>Círculo</i> (CARLOS MORALES) .....                                           | 29 |
| <i>Una agradable mujer alta, con un vestido negro</i> (RICARDO G. GIORNO) ..... | 33 |
| <i>El investigador</i> (CARLOS RANGEL SANTOS) .....                             | 39 |
| <i>El juego de luces sobre la Tierra</i> (MILA SAARINEN) .....                  | 42 |
| <i>La sombra</i> (PATRICIA K. OLIVERA) .....                                    | 51 |
| <i>Matar formaba parte de la naturaleza de Laura</i> (NANIM REKACZ) .....       | 53 |
| <i>El peregrino y el ánfora divina</i> (DANIEL FLORES) .....                    | 56 |

## NM

[www.revistanm.com.ar](http://www.revistanm.com.ar)

[director@revistanm.com.ar](mailto:director@revistanm.com.ar) / [revistanm@gmail.com](mailto:revistanm@gmail.com)

[www.facebook.com/RevistaNM](https://www.facebook.com/RevistaNM) / <http://sites.google.com/site/revistanm>

Dirección y grafismo: **SANTIAGO OVIEDO**

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN** / Corrección: **CRISTINA CHIESA**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,  
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan  
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para e-ditores.

Safe Creative ID: 1401129808437

Se agradece por haber tomado parte en este número a: EDUARDO POGGI,  
DANIEL SALVO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "La tentación de la nereida" (SEBASTIÁN GIACOBINO)  
<http://www.sebastiangiacobino.blogspot.com.ar/>

Musicalización estocástica: *Alien porno star*  
(GABRIEL PEREIRA SPURR)  
<http://www.goeat.com/listen/862e4d3/alien-porno-star-gabriel-pereira-spurr>

pronto se disipó y dio paso a una calma inusitada. Un suspiro, un fogonazo blanco, y en el aire unas palabras sin sentido: *es tu turno*, dijo.

—¡Ah, locura! —gimió Abel.

—*El último hombre es el Dios de todos los hombres, Abel. Yo también fui último. Pero ya no existo.*

—¡¡Maldito, maldito!! —Se tomó la cabeza con las manos, tapándose los oídos.

La divinidad ya no habló, pero Abel siguió un rato más en la misma posición. No quería oír. No quería oír nada en absoluto. *Maldito*, repetía. *Maldito, maldito seas.*

Algunas horas más tarde, sin hacerse más preguntas y desestimando la veracidad de todo lo que había ocurrido, resolvió seguir su camino. Recorrió varios kilómetros bajo aquel cielo sin astros hasta dar con el ascenso a una colina. Trepó. Se arrastró sobre la arena ya fría. Alcanzó la altura y contempló la distancia. *Sí*, se dijo, *por fin; Ciudad Europa*. Y allá abajo, quieta, una ruina delineada por las luces de emergencia. *Ciudad Europa*, murmuró, *¿y ahora qué?*

Se dejó caer sobre el suelo. El cuerpo le dolía, lo abrasaba. Supo que la muerte le había cerrado el paso de manera definitiva. Ya ni siquiera había luna, aunque en el fondo sabía que era él quien no podía verla, que

todo se relacionaba con la declinación de sus sentidos. *Sí*, sólo era eso. Aún puesta la mirada en lo alto, abrió su bolso y extrajo un pedazo de carne envuelta en papel de aluminio y la comió sin apetito. Los ojos le palpitaban, húmedos. Una repentina punzada de dolor le obligó a torcer el cuello y, con el giro, una lágrima cayó sobre el reverso de su mano. Fue un prodigio; lo tomó así. No recordaba cuántos años hacía que no brotaba agua de su cuerpo, y esta lágrima era cálida como una caricia. Entonces, al ver ese milagro nacer de sí, y al caer en la cuenta de que la noche se había vuelto noche eterna y de que el Dios al que atribuía a su mente le había dicho que los dioses también se destronaban, se le iluminó el alma con una esperanza exótica. Al fin y al cabo, la locura es como una lámpara mágica: concede al loco lo que el loco desea tener. Tanto daba si él era un Dios o si era un demente.

Miró hacia la yerma soledad de Ciudad Europa, hacia ese vasto hueco, y luego echó un vistazo al cielo exánime. Esbozó una sonrisa temblorosa, con esa poca humanidad que le quedaba, extendió los brazos y dijo: —Ábrase el cielo... ¡Hágase la luz!

© DANIEL FLORES, 2013.

DANIEL FLORES

(Argentina —Buenos Aires, 1983—)

Músico y escritor, desde sus veinticinco años reside en Tucumán, donde cursa un profesorado de Lengua y Literatura.

Publicó el libro de cuentos *Bajo un cielo carmesí* (Reina Negra, 2011) y en **NM 29** colaboró con "El bosque de Sinergia".

—Una gracia antes del fin, ¡qué más! —respondió el ánfora con una voz gruesa y melodiosa—. Voy a brindarte el privilegio más grande al que un hombre podría aspirar.

Abel se incorporó y saltó de la piedra con una mueca de odio; recogió la vasija y la sopesó con ambas manos. Había algo dentro. Ahora había algo. Sin vacilar, y para evitar los ecos de la locura, la lanzó contra la roca. Al hacerlo, el ánfora estalló y el Dios emergió de ella.

—¿Qué es usted?! —exclamó horrorizado. Retrocedió torpemente y trastabilló—. ¿Qué demonios es usted?!

La enorme criatura blanca le explicó que Él era la Fuente Divina, el Caos, la Niebla, el Ápeiron, el Arjé, el Orden del Todo, como quisiera llamarlo. Le contó, también, que era tiempo de que el cielo acabara, como ya había sucedido antes, en otras muertes del universo, incluso en manos de otros dioses ya desaparecidos. *Todo es un ciclo que debe renovarse, Abel, y así será siempre. Mi labor consiste en recomenzar la existencia*, contó. En el viejo Abel se mezclaban sentimientos de inferioridad y de rabia; ¿había soportado tanto sufrimiento para que al final llegara Eso y lo diera todo por terminado?, ¿había buscado tan pacientemente la aguja en el pajar para que ese despótico monstruo de tiempo dispusiera lo definitivo? Abel se enfureció, y el rostro se le contrajo en una expresión bestial.

—¡Ilusión, eso eres!! ¡Criatura inventada! —graznó.

Entonces, sin mediar palabra, el Dios sonrió con altivez, levantó

la mirada, sopló una ráfaga de un color nuevo y ahogó el cielo completo. Lo único que quedaba ahora del universo era el desierto mundial en el que ambos se encontraban enfrentados. La negrura era compacta.

—¿Puedo terminarlo ahora, Abel? —consultó con falsa amabilidad—. De ser así, sólo cierra los ojos y...

Temblando de ira, Abel resopló, dio media vuelta y se alejó caminando en la oscuridad del desierto; un desierto ya sin cielo ni estrellas, ni nada sobre su cabeza más que el tinte parco de otra noche. La criatura divina gruñó.

—¿Darle la espalda a un Dios?! Pero ¡qué clase de insolencia! Dejé que tantos milenios pasaran y hoy sólo contemplo un montón de ruina y un ejemplar violento que desoye a su Creador...

Abel giró y lo increpó sin vacilar.

—¿Cre-a-dor?! ¡Tú no erejs mi Dios! Si la humanidad es lo que yo represento, entonces como humanidad tengo la capacidad de inventarte... ¿Acaso, si yo muero, hay alguna posibilidad de que existas? No, claro que no. Sin hombre no hay Dios. Además, si realmente fueras un Dios, ya lo habrías acabado todo, imbécil. ¿Es que acaso mi aujtoridad pesa sobre tu dominio? —Abel entrecerró los ojos y su rostro endurecido de pronto pareció un dibujo tallado sobre roca—. No te reconozco como dejstino. ¡No te temo! Erejs, como mucho, un reflejo de mi poca cordura; nada más.

La criatura lo observó en silencio. El viento corría y la arena se removía inquieta; a lo lejos, los objetos y las formas del paisaje ya no se veían con claridad. La ira de la bestia divina

La tapa de este número trata de sobrellevar la canícula austral.

Como casi todos los fines de año, las noticias giraron en torno a los cortes de luz y a la falta de una política coherente del gobierno con respecto a la electricidad, lo que dio pie para que antiguos secretarios o subsecretarios de Energía pontificaran postulando soluciones que no aplicaron cuando tuvieron la oportunidad, mientras las autoridades de turno le echaban la culpa a las empresas privadas encargadas de la distribución del fluido, que responsabilizaban al Estado que les otorga las prebendas que en algún momento retribuyen, sin tener en cuenta a los usuarios.

Por suerte, todo eso hizo que quedara atrás la cuestión de los saqueos “espontáneos” que suelen producirse para estas épocas —en especial cuando se acerca el final de algún período de gobierno—, aprovechando esta vez el acuartelamiento de unas fuerzas de seguridad que quieren sindicalizarse, en un triste remedo de *Robocop*. Por supuesto, sin el robotón (léase “robot botón”).

Luego hubo más nuevas repetidas y una que otra cosa inesperada.

Afortunadamente, todas esas noticias se verán reemplazadas en unas semanas, cuando los docentes inicien un paro que evite el comienzo de las clases. Después vendrá el tema del aumento del precio del pescado para Semana Santa, hasta que le toque el turno a la falta de gas en invierno.

En suma, todos pequeños grandes hitos que nos permiten ir midiendo el paso del tiempo y saber que ha pasado otro año.

Pero lo que antes era algo casi folclórico se ve agravado por una tendencia cada vez más preocupante. Acaso sea por la vorágine de la vida urbana o

por la inmediatez que genera la tecnología, pero lo cierto es que parecería que hubiésemos perdido el punto de referencia y confundimos sencillez con simplicidad.

La vida, en realidad, es sencilla. Nacemos, crecemos, nos reproducimos y, finalmente, morimos.

Nos pasa a nosotros. Le pasa a los animales inferiores. Le pasa a los imperios y a cualquier creación humana.

Pero sencillo no significa simple. Por ejemplo, éste es un sencillo editorial de verano, sin disquisiciones profundas ni citas eruditas; es apenas un preámbulo al contenido de la revista. No obstante, trata de no ser simple.

La simplificación es un instrumento por demás peligroso. La simplificación lleva a una visión maniquea en donde el Otro es la suma de todos los males y uno se ve como la quintaesencia de las virtudes. La simplificación lleva a la deificación de abstracciones. A escribir con mayúscula palabras como democracia, para poder celebrarla como a un ídolo pagano ante el cual se realizan sacrificios, en nombre de la igualdad y de los derechos, que racionalmente escandalizarían. A definir colectivos como oficialismo, oposición o pueblo, en los que los individuos se desdibujan y cosifican, desvaneciéndose sutil pero inevitablemente sus responsabilidades.

En lo cotidiano, la simplificación lleva a vivir en mundos del “me gusta”; lleva a discursos de ciento cuarenta caracteres, a alimentarnos de la sabiduría de algún oráculo en Ask.fm o a creer que lo somos nosotros y que tenemos todas las respuestas. La simplificación, en suma, lleva a la banalización.

Mientras tanto, la historia continúa. El común padece la simplificación, incluso sin darse cuenta, y se esfuerza en lo suyo día a día, con resignada grandeza. El individuo singular es consciente de esa simplificación, pero no pierde de vista la marcha del péndulo del tiempo.

Cuando se inicia un nuevo año, ya comenzó a terminar. El próximo se edificará sobre los restos de éste.

Felices fiestas, entonces, con algo de atraso. El Universo es entrópico.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 4. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1.

rior desmembración de la cordura; lenta, quizá, o inmediata, si la muerte se apiadaba antes. Pensar en pájaros de pronto se había vuelto un extraño tormento.

Ahora, inmóvil sobre la piedra, miró la luna amarilla en lo alto; parecía el rostro de un ídolo soberbio sepultado bajo una lámina de piel curtida. Lo acosó la idea de siempre, negra y puntual, que venía a decirle que posiblemente aquella noche sería la última. ¿Cuántas veces había oído esa misma voz neutral en su cabeza, y cuántas noches, también, la había sofocado? Ya no importaba. Era una suerte que por fin ya no importara nada. Sin embargo, cada vez que la inminencia del fin se hacía más nítida, era imposible no sentir la necesidad de vivir. La vida lo había hecho su prisionero, un prisionero tendido sobre una piedra en medio de la nada; el último eslabón de la historia.

Cruzaba el cielo una nube gruesa cuando oyó que algo rodaba a su espalda. Primero lo atribuyó al cansancio, pero luego reprodujo mentalmente el sonido que había oído y, con pereza y sin mucha convicción, se incorporó y giró lentamente hasta quedar apoyado sobre un codo. A través de su camisa se traslucía un montón de costillas; su boca roída se torcía en un gesto de estéril enojo. Casi junto a la roca, a unos pocos centímetros, vio un ánfora parada sobre la arena. Cerró los ojos y volvió a abrirlas. Necesitaba corroborar que aquella aparición no fuera un espejismo que viniera de la mano del hambre o de la esperanza. Antes de recogerla miró en derredor y el vacío le devolvió silencio.

El ánfora era de un material extraño; mezcla de bronce, hierro y un género rojizo inidentificable. Contaba con una solidez y un peso enormes, tanto que le costó un buen trabajo alzarla y depositarla sobre la roca. A la luz de la luna, el recipiente brillaba. Lo examinó durante un momento, con especial interés por los arabescos que ilustraban el exterior. Tanteó las uniones hasta dar con la tapa; intentó quitarla, pero no pudo. Desilusionado, se limitó a arrastrar el ánfora por la roca, para ver si al menos la vibración delataba su contenido, y —como la vez anterior— el resultado fue cero. Luego de un rato simplemente la olvidó y se durmió hasta el amanecer.

Al día siguiente, cuando el sol escarlata despuntó en el cielo del nuevo día, algo habló.

—¡Qué maravilla! Una perseverancia equivalente a la soberbia...

Abel, confuso, ladeó la cabeza. ¿Un sueño?

La voz prosiguió:

—El hombre ha muerto, Abel, y tú sigues andando... Pero ¿en busca de qué? ¿Acaso no está claro, todavía?

Hablaba en un tono razonable, paternal. El hombre oyó con claridad estas palabras, pero no supo atribuirles realismo. No pudo. El ánfora oscilaba sobre la arena, lejos de donde él la había dejado. Pronto entendió que la voz provenía de allí.

Abel, que había pasado años sin hablar y sin oír, abrió la boca e intentó articular:

—¿Qué erejs?

Su mandíbula dejó escapar un sonido óseo.

en aquella postal abrasadora. Siete años, también, de no saber qué será lo siguiente que pase. Y ahora avanzaba con el sol quemándole el lado derecho del rostro, semiadentrado en lo que había sido el Mediterráneo hasta no hacía mucho. Allá abajo todo era cadáveres y rocas; insondables despenaderos cuya hondura Abel imaginaba en el núcleo de la Tierra. También podía verse una infinidad de esqueletos marinos; algunos, de tamaños inconcebibles, como aquel al que había bautizado *Madre Kraken*. La bestia le trajo a la memoria mitos antiguos, como esos relatos de pescadores. El cuerpo se hallaba a unos quince kilómetros de la costa, aproximadamente, pero incluso a esa distancia era posible apreciar su rareza enmarañada; supuso que las detonaciones habían obligado a ciertos bichos del fondo a emerger hasta esas cercanías. ¿Cuántas extremidades sumaba la garra que colgaba hacia delante: treinta, cincuenta? ¿Eso tan negro y reluciente que se veía parcialmente enterrado en su lomo era un ojo, o era acaso una burbuja de veneno? ¿Y qué era aquello que aún oscilaba sobre su cabeza? Un señuelo abisal, quizá, pero ¡un señuelo del tamaño de un palacio! Y esas columnas eran... ¿dientes? Aunque le había despertado un interés casi místico (y eso era algo que no pasaba a diario), al cabo de un rato decidió olvidarlo y prefirió seguir hurgando entre los restos por un poco de carne blanca, almejas, cualquier alimento que no fuera humano. Debía conformarse con lo que tuviera un mínimo carácter de comestible; los productos envasados habían quedado inútiles

luego del altísimo golpe de radiación. A falta de animales y de plantas, Abel todavía cargaba en su morral con algunos restos de carne salada que había obtenido de los pocos cuerpos “en buen estado” que había hallado durante la última quincena. El hambre hacía de las suyas, es cierto, pero la sed era aun peor; al no existir ningún tipo de vegetación, las lluvias se espaciaban peligrosamente, por lo que Abel debía recurrir a hacer pozos en la tierra y sorber el barro o la arena salada. La supervivencia era una aventura miserable.

Una noche caliente de octubre, Abel yacía sobre una piedra plana en medio del desierto. Ya podía verse claramente Ciudad Europa a unos pocos kilómetros; las luces de emergencia de algunos edificios todavía continuaban encendiéndose después de las ocho y, en medio de la penumbra críptica, cobraban la apariencia de espectros suspendidos en el aire. El mutismo era un vacío agudo. Lo único que se oía eran los esporádicos movimientos de tierras y el viento bullente que revolvió la arena a su alrededor. Abel, en ese momento, tuvo una vaga imagen: recordó que de niño había oído el canto de un pájaro; un silbido agudo matizado con la calidez de la armonía. Eso estaba bien; un pájaro, algo que rompiera con belleza el caos de ese silencio. Sin embargo, imaginó que en la condición en que se encontraba ahora, por contraste, el armónico silbido del ave hubiera podido llegar a desgarrarle los tímpanos. Literalmente hablando, como una larga incisión metálica hasta el cerebro y una poste-

## LA GRILLA

HÉCTOR H. OTERO

### I

Los barrotes eran de una materialidad tan esquivada como todo lo demás. Según el ángulo desde donde fueran observados se veían blancos, azulados o incluso traslúcidos. Al deslizar la yema de mis dedos sobre la pared podía percibir su rugosidad y a la vez sentir que me fundía en ella, inexorablemente. Nada de esto me perturbaba particularmente; sabía (dolía) en mis entrañas la verdadera agonía, que consistía en estar privado de su presencia.

### II

La sordidez del callejón me abrumó. No supe exactamente qué esperar cuando alguien subrepticamente me indicó, a mis espaldas y susurrándome al oído, que me dirigiera allí

si aún quería lo que quería (¡y vaya que lo quería!), siempre que estuviese dispuesto a pagar el precio. Y éste se manifestaba en cada paso que daba, impidiendo que me engañara a mí mismo. Fijar la vista en el suelo tampoco mejoraba la situación. Los despojos humanos sobrevivientes se arrastraban intentando alcanzarme, sus miradas extraviadas rogándome que por piedad terminara con su martirio. Desechos de carne y hueso, experimentos fallidos que no valía la pena siquiera eliminar.

### III

Verla y darle sentido a mi vida fueron una sola cosa. Ella caminaba distraídamente, feliz; inadvertida del cambio trascendental que había provocado en mi vida. Todos ustedes conocen esas sonrisas; han visto una en algu-

na ocasión, si es que son afortunados. Son unas sonrisas llenas, luminosas. Uno las ve y le alegran el alma; lo completan. Su belleza es inefable y, aunque pudiera describirla con palabras, no lo haría, porque no quiero compartirla. Vale agregar que me acerqué, torpemente, y ella me concedió la oportunidad de compartir su gracia.

#### IV

El traficante lucía previsiblemente abominable. Estaba sentado sobre una especie de tanque de desechos y fumaba distraídamente algo cuya composición desconozco (por fortuna). Tenía puesto un sobretodo tan oscuro como la noche que nos rodeaba, la cual parecía ansiosa por devorarnos. Al verme no preguntó nada; me miró con sus ojos vidriosos, inyectados en sangre, y aguardó. Le di mi nombre, el nombre falso con el que lo había contactado a través de la grilla. Y entonces sonrió. Una sonrisa de dientes manchados y torcidos, separados entre sí por un vacío con olor a muerte.

#### V

Caminamos juntos durante un largo rato, iluminados por la luna y las luces del puerto; finalmente nos besamos. Fue un beso sutil y breve, a la vez cálido y estremecedor. Me requería un esfuerzo sobrehumano acallar las voces en mi mente, aquellas que me recordaban que estaba siendo buscado, que no era libre, que pronto

me detendrían y castigarían. Y ella quedaría fuera de mi alcance. Y, sin embargo, no podía decirle nada, no podía arruinar lo que estaba sucediendo, no podía permitir que algo opacara el único momento de auténtica felicidad que había tenido en mi desdichada vida.

#### VI

El *dealer* se burlaba de mi desdicha, de mi desesperación, y me preguntaba cómo la había perdido, por qué necesitaba otra. Yo podía estar desahuciado (de hecho, lo estaba), pero tenía muy claro cuál era el acuerdo. Y no era parte del trato dar esa información; lo único de lo que debía desprenderme era de mi ADN. Código genético que sería replicado infinitamente; memoria celular de la que yo perdería el control para siempre. Material con el que se pergeñarían aberraciones biológicas como aquellas que minutos antes me rogaban poner fin a sus dolorosas existencias; en el mejor de los casos, habría otros como yo, esclavizados y sometidos a las más aberrantes prácticas por parte de quienes pudieran adquirirlos para su solaz y perversión.

#### VII

Ella me dijo su nombre en un susurro aterciopelado. Yo respondí con el mío, casi avergonzado de su rusticidad. Comenzamos a hablar de nuestros sitios preferidos; le hable de una isla que casi nadie conocía, pero cuya

tasha hasta una de las habitaciones de Ensayos.

Los restos de la chica aun continuaban descomponiéndose allí. Y los demás no debían de andar muy lejos.

Para cuando arribó la segunda semana, sólo quedaban ocho sobrevivientes: seis hombres y dos mujeres. La mayoría había abandonado la habitación en plan de "salida de reconocimiento". Había habido una serie de temblores el último tiempo y se temía que pudieran ser más intensos; era hora de cerciorarse en qué estado estaba todo afuera. El primer grupo, integrado por cuatro personas, entre las que se encontraban Alex Higgins y Tadeo Reyes, salió en la mañana del séptimo día, equipado con un pequeño sismógrafo, un contador Geiger <sup>xxii</sup> y provisiones. La segunda cuadrilla, encabezada por Jarek Voltro, emprendió el viaje tres días después; en principio, en busca de los primeros cuatro expedicionarios, de los cuales no se había vuelto a saber.

Ninguno de ellos regresó.

Pasada otra semana, fue Abel quien decidió marcharse. La situación había llegado demasiado lejos para un hombre como él. La inacción y la duda no eran lo suyo. Además, los pocos que quedaban allí no eran personas con quienes pudiera mantener siquiera una conversación trivial; a su criterio, eran un puñado de simios con guardapolvo blanco que pugnaban por ver quién aguantaba más tiempo sin volverse loco. No, definitivamente, él no estaba para eso; así que reunió algunos alimentos, dos botellas de agua, varios instrumentos de utilidad y salió de la cámara sin despedirse.

El aire afuera ya no era tan denso como en los primeros días y vivir no era un imposible; no obstante, el resto del equipo de científicos prefirió no arriesgarse, acaso por temor de tener que convivir con la imagen de algo para lo que ellos mismos habían sido catalizadores. Abel los consideraba demasiado *pasionales* como para poder soportar algo así; débiles, cobardes. Aunque podría decirse que aquéllos se salvaron de la posibilidad de que el exterior los perturbara de por vida, ya que la Central de Ensayos Atómicos de Alta Gama acabó derrumbándose pocas horas después de que Hassan hubiera salido y, como un pez gigante que muere de cara al sol, fue hundiéndose lentamente en la garganta de una enorme falla. Ésa fue la primera vez que Abel vio bajar los rayos coloridos del nuevo sol magenta. Y en verdad era todo un espectáculo: pequeñas hebras ondulantes que caían a modo de lluvia y penetraban en la tierra como dientes finos e irregulares, haciendo vacilar el suelo como un puñado de arena y luego haciéndolo estallar como una ventana de cristal, pero hacia dentro, hacia el fondo. La Central vibraba al tiempo que Abel la contemplaba desde unos seiscientos metros de distancia. *Adiós*, les dijo a sus colegas, sin mucho candor en la voz, y emprendió camino a Ciudad Europa.

\* \* \*

De eso hacían ya siete años. Siete años de supervivencia en el polvo de la creación, de carrera contra la muerte

ponía en riesgo a la humanidad entera. Continuar por ese camino podía considerarse tanto un crimen como un suicidio. No a todo el mundo le importaba este riesgo, por supuesto; de hecho, la Tierra no transitaba su período más luminoso por aquel entonces: la pobreza y las enfermedades eran plagas sin control, el calor se hacía difícil de paliar —incluso en invierno— y tras la última guerra la esperanza de vida había bajado a poco más de los cincuenta años en Occidente. Para peor, la comunicación con los colonos de *Second Earth* se había interrumpido hacía ya un lustro, sin esperanzas de que volviera a restablecerse. Los satélites sólo mostraban campamentos vacíos; ni siquiera cuerpos. La única radio del globo paralelo continuaba transmitiendo una secuencia programada; el resto era ausencia. De momento, todo indicaba que el hombre habría de morir en su coordenada original.

Semanas más tarde, comprendiendo que el proyecto era irreversible, Reyes se encargó de preparar la Cámara de Vacío de la central y todo el oxígeno de la reserva, por si acaso. Con ayuda de la doctora Kim y el licenciado Ferrer luego se ocuparon de la regulación de los niveles de ozono del edificio; también sellaron, desde la Sala de Operaciones, los pozos de agua potable y activaron los paneles de energía solar. Era bueno estar preparados, pesaban. Y lo cierto es que, pasados dos meses de la instalación de los cabezales, de no haber sido por aquella tarea, hoy ni siquiera existiría esa ruina andante que era Abel Hassan deambulando sobre esa ruina rodante que era el planisferio. La de-

tonación hizo que todo ardiera —los mares, los suelos, el oxígeno— y en un espacio de tres jornadas fueron cayendo, uno a uno, los que poblaban la tierra. Sólo el grupo de científicos sobrevivió, encerrado entonces en la Cámara de Vacío. Allí permanecieron durante más de una quincena.

Sobró alimento y bebida durante los primeros nueve días; el lugar estaba bien abastecido y el aire, fuera de la cámara, era tolerable durante unos pocos minutos, lo suficiente como para permitirles una breve excursión hasta las heladeras. El laboratorio combatía la infección ambiental con su propio generador central de oxígeno (invento detrás del cual también se hallaba Abel, junto con otros tres profesionales) y los refugiados sabían que aquel prodigio les evitaría grandes incidentes. Y así fue, excepto para la bióloga Natasha Kim, a quien se le dio por embarcarse en una aventura poco saludable luego del tercer día de encierro. Mientras unos pocos oraban día y noche y otros debatían acerca de las posibilidades de que la contaminación acabara pronto, a la joven Kim se le ocurrió descomprimir la cámara para salir al exterior en busca de un cigarrillo (*porque lo NECESITABA, no podía resistirlo*) y se dio con que su soplo cardíaco no la benefició en combinación con los nuevos componentes del aire. Nadie hubiera imaginado que su corazón estaría de aquel modo y que el pecho se le elevaría por debajo de su camisa de la forma en que lo hizo. Sin embargo, eso acabó sucediendo, y fueron Tadeo Reyes y un tal Alex Higgins quienes trasladaron el cuerpo de Na-

exquisita belleza era inigualable. En verdad, no sabía de qué hablar y no podía confesarle lo inconfesable; mis crímenes en el metaverso obtendrían su castigo tarde o temprano y ése sería el fin de lo que ni siquiera había comenzado. Por otra parte, ¿cómo me justificaría? Pensaría que soy un animal, y tendría mucha razón. De cualquier modo, no hubo tiempo para más vacilaciones. Miembros de un escuadrón especial surgieron de la nada y me apresaron. Quise decirle algo, quise explicar lo inexplicable, pero las palabras no salieron de mi boca. Vi su imagen alejarse y (creí ver) su congoja.

## VIII

Extendí mi brazo hacia el traficante; con indisimulado desdén el traficante interrumpió su inquisitivo interrogatorio y me pellizcó el dorso de la mano con una especie de pinza metálica. El dolor físico fue insignificante; el dolor moral de la futura consecuencia de mis actos, abrumador e irremediable. Casi le arranqué la gragea de identidad digital cuando intentó alcanzármela; sin decir una sola palabra más, me alejé por donde había venido, enneguecido, tragándola sólo con mi propia saliva, sintiendo cómo me raspaba al descender por la garganta.

## IX

El juicio fue sumario y el veredicto inapelable. Los hologramas que replicaban mis delitos se habían sucedido

en escala ascendente de verosimilitud, para horror de las víctimas que se encontraban entre el público y disfrute de los escasos periodistas presentes. Mientras tanto, el juez cibernético, provisto por la corporación mundial que administraba el metaverso y dictaba sus leyes y las normas del debido proceso, permanecía mecánicamente impasible. Me negué a hacer un descargo que sería inútil; mi trabajo como programador, el descubrimiento del código que me permitía convertir a otras identidades digitales en zombis que cumplieran mis deseos, la espiral de violencia adictiva que me había llevado desde pequeñas felonías hasta violaciones virtuales.

## X

La grilla había comenzado junto al mítico colisionador de hadrones, en un pasado ya lejano; una nueva estructura que permitiera almacenar y analizar un cúmulo gigantesco de información. Pocos años después había reemplazado a Internet y su potencialidad había convertido a la red en mucho más de lo que todos pudiéramos haber soñado previamente. Comenzó la era de las realidades mezcladas; realidad, realidad aumentada, virtualidad aumentada, realidad virtual. Esta última primaria por sobre todas las demás y se convertiría en La Realidad; fue lógico, podíamos hacerlo y serlo todo allí, sin límites. De ahí a que se comenzaran a tipificar los delitos virtuales, y luego fuera establecida la relación unívoca entre la agonizante identidad analógica y su correlato digi-

tal, e incorporada ésta a la Constitución Universal de 2154, hubo sólo un suspiro.

## XI

Entré en mi departamento, aquel que había abandonado físicamente por primera vez en décadas para encontrarme con el traficante, agotado y dolorido. Me quitó el sobretodo, confeccionado con una tela acerada que rechazaba la suciedad y regulaba la temperatura del entorno de quien lo usaba; cayó pesadamente al suelo. No sabía por qué tenía una prenda de ese tamaño ni recordaba haberla comprado. Sólo sabía que era lo único en mi guardarropa que podía haber usado para salir al exterior; todo lo demás hubiera sido imposible de ser vestido, por una cuestión de tamaño. Vi mi cuerpo desnudo reflejado en el espejo; una masa informe de capas y capas de grasa blanquecina.

## XII

No podría haber alegado desconocer el artículo 173 de la Constitución Universal; nadie podía hacerlo, porque era enseñado junto con las primeras letras. “La coexistencia de dos realidades lleva implícita la existencia de dos jurisdicciones penales y las condenas a los delitos cometidos en cada una de ellas deben purgarse en la realidad correspondiente”. Es por esto que una persona podía estar libre en la realidad analógica y encarcelada en la virtual. Me gustaría agregar “y viceversa” pero,

de hecho, ya casi nadie que no fuera rico (y, por ende, capaz de permitirse esclavos de ADN replicado en el mercado negro) cometía delitos —ni hacía ninguna otra cosa más allá de conservar sus signos vitales— en la realidad analógica; al fin y al cabo, una realidad subordinada para el común de los seres vivos de nuestro atestado y agotado planeta.

## XIII

Me dirigí lo más rápido que pude, considerando mis limitaciones físicas, hacia la plataforma de sueño inducido, en tanto quedaban diez minutos antes de que mi nueva identidad digital suprimiera a la anterior. Por suerte, la camilla era lo bastante grande para albergarme. Eso quería decir que, aunque me extrañara, alguien había previsto —para un cuerpo que hibernaba permanentemente, alimentado por un suero enriquecido con vitaminas y aminoácidos— la aparición de mis enormes adiposidades. “Al fin y al cabo, a quién le importa”, pensé, mientras el capullo metálico se cerraba y comenzaba a adormecerme por última vez, pues lo había programado para permanecer en ese estado lo que restara de mis días o colapsar, si alguien intentaba abrirlo.

## XIV

Contaba mentalmente los segundos; el plazo posterior a la ingesta se había cumplido y los barrotes seguían allí. ¿Y si todo había sido un engaño?

de piedra girando por milenios en la nada como un enorme museo lúgubre. El físico Tadeo Reyes lo había definido como *una idea incómoda para la razón*. Una idea incómoda para la razón, eso mismo. El hombre, quien había creado todo lo que Abel ahora veía muerto, era capaz de hallar luz hasta en los nidos más inverosímiles, y sólo por el afán de permanecer. Sin embargo a él la esperanza y la desesperanza ya le daban lo mismo; habían dejado de ser dos conceptos opuestos para fundirse en otro, semialumbrado quizá por el azar y por la ausencia.

Ahí estaban ahora los famosos almacenes de comida rápida, los multi-edificios, las fitoplazas, los poquísimos departamentos precarios de tres y cuatro pisos, derruidos, el Nilo millenario exánime, los Fortines de Gobierno de cada país que, a pesar de haber sido ostentosos palacios de piedra y tesoros, habían quedado reducidos a moles oscurecidas por el abandono. Sabía que allí adentro sólo habría cadáveres diseminados por las escaleras, pudriéndose inútilmente como todo. La imagen era un desconsuelo amargo.

Decir que Abel había manifestado su desacuerdo con el Proyecto Averno y que había prevenido a los otros de la eventual catástrofe sería estar mintiendo. Tanto le daba que Ciudad Europa entera se tragara a sí misma mientras a él le abultaran el bolsillo (había otros continentes, al fin y al cabo). Ésa era la verdad. Abel era un tipo recto, de poco diálogo, y vivía debido a dos grandes factores. El primero era su trabajo en la Central de Ensayos Atómicos de Alta Gama, para el cual

dedicaba la mayor parte de su tiempo y un considerable esfuerzo vital; el segundo era la mismísima inercia. Lo demás se encontraba lejos de sus intereses. Sabía que el tiempo era efímero y que la muerte era un apagón sin dioses, así que para qué molestarse en cualquier otro asunto que no fuera el placer que compraban los billetes. Había que vivir bien, y si vivir bien conllevaba aceptar un trabajo millonario por el cual el mundo se hallara en aras de no seguir latiendo, igual había que correr ese riesgo y aceptarlo.

El director del proyecto era un físico cubano que había vivido la mayor parte de su vida en Marruecos; su nombre era Tadeo Reyes, un tipo bajito de sesenta y un años, amplio como un canal, de carácter amable. Había sido el primero en denunciar las posibles consecuencias que conllevaría la empresa; los inversores no estarían contentos, es cierto, pero él se pasaba por el culo a los inversores (al *Global Daily*, sobre todo). El verdadero obstáculo era el Gobierno. La pena de muerte no discriminaba a nadie, no señor; la reciente refundación del Islam había sido un hervidero de cabezas. No obstante, debía haber límites.

Poco antes de que se comenzara con el diseño de los cabezales, Reyes propuso el motín científico al resto del equipo. Era una locura, pero el polaco Voltro y Amira Jinad apoyaron la denuncia; los otros sabían que desde el Fortín de Gobierno Asiático iban a pedir que corriera sangre en cuanto a alguno se le ocurriera dimitir, aunque la realidad era que el Proyecto Averno

## EL PEREGRINO Y EL ÁNFORA DIVINA

DANIEL FLORES

Abel Fair Hassan era la última cosa viva sobre la tierra. Última y definitiva. Ni la arena ardiente a su paso ni el amplio cielo parecían constituir ya el correlato de su existencia. Era apenas un viejo cuerpo andante con vestigios de humanidad: de fisonomía alta y espalda encorvada, carne flaca bajo la piel reseca y unos labios carcomidos por la sequía; sobre el cráneo, apenas un puñado de cabello gris. Casi un cadáver atravesando el interminable desierto hacia Ciudad Europa.

Abel era el superviviente del último asentamiento de hombres que había resistido a la transformación mundial, en el corazón de aquella Central Atómica que prefería no recordar y de la que hoy sólo guardaba una vaga huella fotográfica en la memoria. Recordaba, sí, el desenlace: los Golpes Solares, los temblores, el calor infinito. Y también las bocas que abría la tierra, y las ciudades que

caían en ellas hacia una negrura completa, lejana. Solía acudir a su mente cierta mañana nubosa —que, por alguna razón, Abel situaba en octubre—, durante la cual presencié un hecho que no olvidaría. Recostado sobre una colina escarpada, luego de horas y horas de peregrinaje, fue testigo del maravilloso derrumbe de Orestes, en alguna parte de Marruecos; desde donde estaba, las réplicas le llegaban como una vibración letárgica y grave, mientras en simultáneo veía cómo los lujosos edificios de la ciudad se ladeaban pausadamente, como rendidos, y desaparecían al ras del suelo. Luego sólo quedaba un montón de venas terrosas y el enorme ojo voraz.

Los de la última colonia reconocían que la supervivencia inútil a la que aspiraban no era más que un capricho ante la idea de una Tierra desolada; era difícil concebir una masa

Nadie me había garantizado nada; nadie podría haberlo hecho. ¿Y si finalmente lograba escapar, pero la policía podía volver a rastrear y localizarme en mi nueva identidad? ¿Y si era todo una cruel broma del destino? Debía de haber múltiples cámaras vigilándome. Seguramente ni siquiera eran cámaras y la presencia de un recluso digital se manifestaba de otro modo, pero era la manera en que la situación resultaba comprensible a mi entendimiento. Fue entonces cuando comencé a sentir que me desvanecía y bajé la vista para comprobar que, efectivamente, estaba desapareciendo.

XV

El azul del cielo era un de un color imposible, tan imposible como el blanco de la arena y el turquesa de ese mar. El sol acariciaba los músculos de mi cuerpo, perfecto, eternamente incorruptible. Sorbí mi margarita pausadamente; una, dos, tres veces. El sol lastimaba mis ojos y no me permitía ver bien. Entonces la vi acercarse; una imagen inconfundible surgida desde más allá de la línea de palmeras. Ella lo había recordado y mi vida, ahora sí, estaba completa.

© HÉCTOR H. OTERO, 2012.



HÉCTOR HORACIO OTERO  
(Argentina —Buenos Aires, 1966—)

Licenciado en Historia, es autor de varias novelas cortas juveniles y colaboró en medios como **Alfa Eridiani**, **Axxón**, **Cuásar**, **Lunatique** y **NGC 3660**. En **NM** publicó “Epagómenos” (# 27).



## EL VAMPIRO DE NÎMES

ALBERTO TRIANA

### Scènes de la vie parisienne

Hace apenas un par de días me encontraba en mi despacho, lleno de cigarros y café, revisando algunos exámenes de la Universidad, cuando el capitán Lambert, de Interplan, me entregó un extraño reporte de un caso de vampirismo en Nîmes, ciudad famosa por sus ruinas romanas. El curioso informe atrajo la atención de la prensa local. “Le Brun”, me dijo, debe acudir de inmediato...”.

\*\*\*

No me eran ajenas esas historias, pues daba clases de historia y a veces de literatura en París, para disfrazar mi condición de agente de campo en Interplan. El vampirismo a nivel literario es un cadáver y sólo hace falta sepultarlo; aun *El horla*, de Maupassant, un vampiro psíquico.

### III

Los lugareños llamaban Silvano al vampiro de Nîmes. Decían que era tan antiguo como la *Maison Carrée*, un antiguo templo romano. Posiblemente ecos, resquicios, de algún dios pagano. Después de todo, los latinos llamaban “transalpinos” a quienes vivían más allá de los Alpes, cordillera situada al norte del Imperio, y por lo tanto “transilvanos” a quienes moraban más allá de los bosques.

\*\*\*

Aun así, me parecía increíble que Interplan se interesara por un caso de vampirismo en las afueras de París. De todos modos llevaba mi pistola automática PPK y mi cámara Eastman Kodak para fotografiar evidencias, un equipo portátil de laboratorio y un botiquín de primeros auxilios

la posibilidad de que la hubieran “desaparecido” cuando mamá se acordó del sótano. Nosotros no bajábamos ahí nunca, nunca. El resto ya lo sabés por los diarios, lo de los cadáveres, las agendas, las filmaciones; un delirio. Mamá se desmayó, papá se puso a gritar como un loco, y yo, nada, me quedé mudo, mirando el rostro sonriente de Laura, sentada en un trono al extremo del sótano, rodeada de cuerpos de bichos y personas, increíblemente conservados como en un museo de cera.

Pero no, no dejó ninguna anotación sobre cómo evitar el olor; ese secreto se lo llevó con ella a la tumba. Así que lo siento mucho. Hubiera sido un gran aporte para la ciencia, que todo esto, tanto sufrimiento, tanta muerte, sirviera para algo; ¡hubiera sido una revolución en la industria del perfume y los desodorantes! Y, sí, ¡qué buena plata hubiéramos hecho!, ¿no te parece? Es lo que más lamento...

© NANIM REKACZ, 2013.

NANIM REKACZ

(Argentina —Carmen de Patagones, Buenos Aires, 1963—)

Escritora y fotógrafa radicada en Neuquén, colaboró en **NM** con “Quien cree, crea” (# 17), “La sentencia” (# 21) y “El renegado” (# 24).

|                                                                                       |                                                                                                                                                                                                                                                            |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                |
|---------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
|  | <p><b>PROXIMA</b><br/>es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.</p> <p><a href="http://revistaproxima.blogspot.com/">http://revistaproxima.blogspot.com/</a></p> | <p>Consígalas en:</p> <p><b>* CLUB DEL COMIC:</b><br/>Montevideo 255, Capital Federal<br/>(A 1 cuadra de Av. Corrientes)</p> <p><b>* ENTELEQUIA Suc. Belgrano</b><br/>Juramento 2584<br/>(a 1 de Av. Cabildo)</p> <p><b>* LIBRERIA DE ARTES Y LETRAS</b><br/>Avellaneda 306, Caballito, Capital<br/>(Casi esq Campichuelo)</p> |
|---------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

Por eso nunca le conté a mis padres. La seguía, callado; la acompañaba en sus incursiones en búsqueda de víctimas. Me empezó a encargar tareas: traeme una lagartija, una rana y un cascarudo. Y quiso iniciarme en su culto, pero a mí me temblaban las manos y me ponía a llorar; así que desistió y sólo fui un entregador de víctimas y testigo presencial de sus asesinatos premeditados.

Cuando tenía once años leí unos cuentos de Horacio Quiroga y uno me dejó noches enteras sin poder dormir, mirando de reojo a la cama de mi hermana; ése de la gallina degollada. Desde entonces siempre estuve alerta, cuidándome la espalda. Le tenía una especie de terror respetuoso.

Por suerte, cuando ella empezó el secundario, nos separamos, porque yo seguí yendo a la tarde y ella a la mañana y los fines de semana yo me iba a fútbol, o de campamento, y ya dejamos de ser un dúo cerrado. Cada uno hizo sus amistades. Bueno, eso es una manera de decir: yo hice amigos, ella no. Pero mis padres ni cuenta se daban. Nunca nos dieron mucha bola; estaban muy ocupados con el campo, los viajes, el *spa*, los cursos de lo que fuera. Si no se iba uno se iba el otro, o se iban los dos.

A los dieciocho saqué carné de conducir, me habían regalado un *jeep* y tenía extensión de la tarjeta de crédito, así que no me importaba nada de nada; hacía la mía.

Lo de la gente que desaparecía y no se encontraba, me enteré, sí; esas cosas se comentaban, pero no lo relacioné con Laura. Qué se yo, podía ser gente que se fuera de la

zona porque se le daba la gana, o por ahí estaba relacionado con temas políticos; viste que en ese tiempo había gente que desaparecía pero se la habían llevado los milicos y no volvían más y preferíamos ni preguntar ni saber.

Tampoco me había dado cuenta de que Laura llevaba un registro escrito de todos sus experimentos desde que había aprendido a escribir; qué bárbaro, ¿no? Fechas, método usado, cuánto tiempo habían tardado en morir, reacciones. Nunca se me hubiera ocurrido que supiera tanto de biología, anatomía, venenos. ¡Qué biblioteca tenía en el sótano! Increíble...

Bueno, es así; mucha gente no me cree, pero es así. Uno puede convivir bajo el mismo techo con alguien sin conocerlo a fondo y sin tener idea de qué hace o deja de hacer. A mí Laura me importaba un pito; si estaba o no estaba, si iba o si venía. Pero, claro, un día me puse a pensar que hacía rato que no la veía, y no recordaba que me hubiera comentado que se iba a ningún lado; nos pusimos a sacar cuentas con mis viejos y hacía más de un mes que no la habíamos visto. Ya sé, vas a pensar que éramos una familia medio rara; ¿un mes sin verse y nadie se da cuenta? Pero qué querés que haga, ¿que te mienta? No nos dábamos ni cinco de bola; es la verdad.

Bueno, sigo. Fuimos a su cuarto, y nada. Ropa, valijas, documentos, plata, estaba todo perfectamente en su lugar; no sé si te dije ella era extremadamente ordenada y limpia. ¿Celular? No, che, en esa época no había celulares. Empezábamos a barajar

con penicilina, antídotos y antirrábicos.

\*\*\*

Apenas hoy por la mañana llegué a Nîmes. La gente es muy amable; me ofrecen frutas y vino. Saben que vengo a ayudarlos. Me dispuse a comer rápidamente y me lavé muy bien las manos y la manzana de obsequio. Sigo pensando que el vampiro es alguna especie desconocida de murciélago, alguno muy grande de África o Madagascar; alguna plaga que trajeron a Europa. Porque los ataques parecían premeditados, como si alguien los dirigiera; quizá algún animal. Su mordedura debe de tener alguna enfermedad contagiosa, como la rabia, cólera o paludismo, que provoca ansiedad, fiebre, espasmos y contracciones, incluyendo espuma y sangre por la boca.

## VI

En el cementerio, los vigilantes me contaron que vieron algunos cuerpos de apariencia robusta, que tenían la mirada fija, saliendo del ataúd, no muertos. Aterrorizados, los lugareños decapitaron a todos los cadáveres de la funeraria. Guardaban la cabeza congelada en alguna bolsa, y a la mirada atrapada le tomé una foto con la cámara.

\*\*\*

El anochecer me sorprendió fotografiando las marcas en latín de la *Maison Carrée*. En Nîmes había una sociedad secreta que conservaba los restos del Gran Maestre en un cofre etrusco o latino; quizá alguna urna

religiosa. Todo el terror al vampiro de Nîmes venía de ese culto siniestro, resucitado por algún fanático que utilizaba el darwinismo y el mendelismo para crear aberraciones infecciosas con animales.

\*\*\*

Un latinista local me habló del *Libro de Nîmes*, un milenarismo texto romano de la época de Virgilio. Se sabe que el vampiro Silvano era en realidad un viejo alquimista y adivino de Alejandría, sepultado en la época de Augusto en un bosque cercano a la *Maison Carrée*, donde había un altar para dioses paganos como Byatis y *Baal Zebub* (o Belcebú, el Señor de las Moscas).

## IX

En el *Libro de Nîmes*, atribuido a Silvano, se hablaba de una variante del vampirismo: los misterios del gusano (*de vermis mysteriis*), la plaga de una larva agresiva de un meteorito que cayó hace dos mil años fragmentado en Siria y Egipto, y que incluso posiblemente enfermó a César de parasitismo, llegando la larva viva al cerebro, con resultados fatales para romanos y egipcios.

\*\*\*

Realicé una llamada rápida al capitán Lambert en París a las diez de la noche, para advertir del riesgo de un contagio masivo en Nîmes, en medio de una fiebre y náuseas que empezaron a preocuparme desde que fui a la morgue local.

\*\*\*

Quizá había enfermado por la comida del mediodía y mi organismo no estaba preparado ni contaba con defensas contra alguna infección local; quizá la manzana estaba echada a perder. De mi auto robaron cosas, incluyendo el maletín de primeros auxilios.

## XII

Las estrellas en Nîmes oscilaban a media noche en angustia escarlata;

el viento lo sentía frío debido a mi constante fiebre y sudor. Demasiado tarde comprendí que ahora tenía en mi vientre una larva descrita en el libro romano de Silvano, una supersición carcomida por el tiempo, alimentando con mi sangre y fluidos a un parásito desconocido que crecía incontrolable desde la tarde, haciendo crujir mis vísceras, retorciendo mis entrañas de dolor. Soy André Le Brun de Interplan y estoy a punto de morir...

© ALBERTO TRIANA, 2013.



ALBERTO TRIANA  
(México —Torreón—)

Ingeniero y periodista, reside en Ramos Arizpe y administra la ciberbitácora artefactoblog (<http://artefactoblog.wordpress.com/>).

En **NM** publicó "En el mar Tirreno" (# 24) y "El golem de la rue Desaix" (# 28).

## MATAR FORMABA PARTE DE LA NATURALEZA DE LAURA

NANIM REKACZ

*En memoria de María Elena Bravo de Quiroga*

Cuando era chiquita, sus juegos favoritos eran el destripamiento de lombrices y la destrucción de casitas de caracoles. Se quedaba mirando cómo los cuerpitos gelatinosos se retorcían hasta morir. Un día le regalaron una lupa y descubrió que enfocándola con el sol concentraba calor y entonces, ¡tendrías que haberla visto!, se sentaba en su banquito frente a los hormigueros y con paciencia infinita se dedicaba a incinerar hormigas. Sí, ya sé, me vas a decir que éstos son juegos de niños, que todos alguna vez hicieron eso, que muchos chicos matan ranas y gatos y pajaritos. Pero Laura tenía algo especial, yo me daba cuenta. Ella planificaba meticulosamente cada detalle de esas operaciones de masacres; su mirada tenía ese brillo que, como aprendí con los años, sólo se tiene en momentos de máximo placer.

Laura tuvo el privilegio, como yo, de vivir en el campo; eso le per-

mitió tener a su disposición una extensa lista de animales utilizables para matar. Además, podía hacerlo a escondidas de nuestros padres. La muerte de animales, por otro lado, no es extraña a la vida de campo; los insectos son plagas que hay que eliminar, las ratas una pesadilla y las gallinas, los temeritos y los corderitos, tan bonitos ellos, se ven deliciosos en la mesa y te chupás los dedos sin culpa alguna. Pero, entendeme, una cosa es matar una gallina para hacer una sopa, y otra ahorcar con un piolín a un pollito, bien despacito, escuchando sus pío pío y mirando sus pataleos y aleteos.

Ella era mi hermana mayor. Aunque fuera apenas nueve meses más grande, se notaba la diferencia: era robusta y yo bastante enclenque. Ella era dominante; yo, un boludo. Siempre fui medio cagón, y no sé si le tenía más miedo a ella que a lo que hacía.

sucediera. Era de público conocimiento que hacía décadas que nadie habitaba aquella antigüedad, y no estaba enterado de que la estuvieran remodelando. Divisó una silueta tras la cortina semitransparente y enseguida adivinó que una mujer lo observaba; podía distinguir el almidonado vestido de época que llevaba puesto. Miguel miraba hacia el balcón como si estuviera en trance y no dejaba de pasearse con lentitud e impaciencia por la vereda de enfrente. Le causó extrañeza y curiosidad la insistencia con que ella parecía mirarlo; la adrenalina de la aventura, ante la idea de conseguir algo de esa mujer, a la que imaginaba muy bella, pudo más que el miedo.

Por culpa de un pestañeo involuntario la perdió de vista por breves segundos; cuando volvió a mirar, ella ya no estaba allí, pero la habitación que daba al balcón continuaba iluminada. Siguiendo los dictados del instinto, dirigió la mirada a la vieja puerta de entrada y distinguió una sombra parada en el zaguán. La observó con interés; todo parecía indicar que esperaba por él. Al principio, Miguel dudó, pero luego sonrió y cruzó la

calle, olvidando sus antiguos temores. Esperaba pasar una noche en buena compañía, aunque no podía dejar de lado la inquietud de que algo oscuro y misterioso se cernía sobre él. Ni siquiera cuando se acercó pudo verla realmente. La penumbra parecía rodearla y ocultar sus rasgos adrede; la calle poco iluminada y la luz tenue que provenía del interior tampoco ayudaban. La puerta se cerró detrás y él sonrió; hizo caso omiso a sus recelos y se dispuso a disfrutar de su buena suerte.

La sombra apoyó una fría mano sobre el hombro del muchacho y un estremecimiento lo recorrió de los pies a la cabeza. Un susurro se oyó en el aire y todo quedó en completa oscuridad y silencio.

Aún hoy, la misteriosa casona con balcones de cristal de la calle Cerrito continúa abandonada, provocando temor y respeto a quienes observan admirados las huellas de opulencia dejadas por una familia influyente —y de extrañas costumbres— de una época ya desaparecida.

© PATRICIA K. OLIVERA, 2013.

PATRICIA K. OLIVERA (PATRICIA O.)  
(Uruguay, 1970)

Activa administradora y colaboradora en diversas ciberbitácoras, publicó varios de sus cuentos en **miNatura**, **Revista Literaria Palabras**, **El Descensor**, **Pseudónims** y **La Fanzine**, entre otros medios.

En **NM** 28 participó con "Pesadilla".

## UN MUNDO PERFECTO

E. VERÓNICA FIGUEIRIDO

Romina buscó nerviosamente las llaves. Siempre era lo mismo. Nunca las tenía a mano cuando las necesitaba. Sí. Allí estaban; justo en el fondo de la mochila, enredadas en una hilacha.

Entró apresuradamente a su departamento, cerró la puerta con llave y echó la traba. Entonces se dio el lujo de respirar aliviada. Debía haber sido su imaginación, porque, ¿quién podría haberla seguido en este mundo tan lleno? Gente donde fuera.

Se cambió de ropa y se preparó para el viaje.

Despertó como de costumbre, con un leve dolor de cabeza, que de no hacer algo llegaría a ser una verdadera jaqueca. Se incorporó en su cama adoselada y corrió las cortinas. Estaba sola. Del exterior llegaban ruidos y gritos. Fue hacia la ventana y vio a la bestia, azuzada por los pe-

rros y las lanzas de los guardias. Demasiado asustada hasta como para echar fuego, gemía como una criatura y a duras penas había logrado retroceder hasta dar contra el muro de piedra del establo. Entonces a la algarabía se sumaron los relinchos de los caballos.

—¡Basta ya! ¡No veis que la estáis asustando! —gritó Romina.

Los atormentadores miraron hacia lo alto. La vieron y bajaron las lanzas. El dragoncito lanzó un gemido y con gran esfuerzo pudo echar una leve columna de humo por sus narices.

—¡Damisela Romina, no debéis inmiscuirlos en los asuntos de los hombres! —le recriminó el jefe de la guardia, un hombrón barbudo y de largas trenzas pelirrojas.

La muchacha estaba pensando en algo adecuado para responderle cuando a la habitación entraron su

aya y su madre, visiblemente conternadas.

—¡Niña! Nos tenías preocupados a todos. ¿Dónde estabas? —exclamó la primera.

Tendría que buscar una excusa plausible.

—Pues... aquí. ¿Es que no me has visto, aya?

El tono autoritario hizo el milagro. La pobre mujer no se atrevería a reconocer que, hacía apenas unos pocos instantes, en la habitación no había habido señales de Romina.

—Pues... debí equivocarme —sólo atinó a decir.

La chica sintió algo de lástima por su aya. Algo, no mucho.

La madre ya estaba abriendo el enorme cofre que guardaba la ropa. Un penetrante olor a especias invadió la estancia.

—Bueno, niña, es hora de que te prepares.

—¿Prepararme? ¿Para qué?

La madre la miró con severidad.

—¿Acaso has olvidado que llega tu prometido? Luego de que descansen se efectuará el banquete y tu padre...

—¿Mi qué? —se atrevió a interrumpir la muchacha. Pero la madre estaba demasiado ocupada decidiendo qué tenía que ponerse como para notarlo.

Algo andaba mal. Esto no debía ser. Buscó alguna otra señal. La madre miró el reloj con cadena de oro que le colgaba del cuello y la apuró. ¿Reloj?

Sintió que su jaqueca luchaba por abrirse paso. Pero aún no era el momento adecuado; debería esperar al menos hasta que se pusiera

el sol. Mientras tanto no tendría más remedio que soportar banquete, prometido y quién sabe qué más.

Se vistió con las prendas que le indicara su madre, calzó los suaves escarpines que le alcanzara y el aya le acomodó los cabellos, sujetándose los bien tirantes bajo la nuca. Luego, el tocado. Una niña decente no debía llevar los cabellos al aire, como una labriega. La madre la miró y dio su aprobación.

Se preparaban para bajar a la Gran Sala cuando escucharon gritos y rugidos. Romina estuvo a punto de buscar el primer ventanuco para echar un vistazo pero fue detenida por la madre y el aya, más alarmadas que preocupadas por el decoro. Pero la muchacha llegó a ver una gran sombra que se precipitaba al patio. Las mujeres bajaron apresuradamente a la sala, donde ya se encontraba la mayor parte de los habitantes de la casa, tanto familia como criados y allegados.

—¡Es la madre! ¡La madre dragón! —exclamó excitado un muchacho, cuando el aya preguntó qué estaba sucediendo.

Mamá dragón venía al rescate de su hijo. Y estaba enojada.

El padre de Romina se les acercó. Iba acompañado por un hombre alto y corpulento. Antes de llegar a ser presentado, el desconocido le dirigió la palabra a la madre de la chica.

—¿Dama Eleonora? Soy el caballero Ruy.

La mujer se inclinó cortésmente. El aya pellizcó levemente a Romina en el brazo para recordarle que debía bajar la mirada en presencia de un

## LA SOMBRA

PATRICIA K. OLIVERA

Cada vez que Miguel pasaba frente a esa vieja casona de la calle Cerrito, se sentía observado. No podía evitar mirar hacia el balcón, con la morbosa ansiedad de ver la imagen de una persona inexistente tras las cortinas sucias y raídas; sin embargo, nunca había nadie. Llamaba su atención la fina cristalería con que estaban fabricadas las barandas de los balcones y la imaginación se desbordaba en especulaciones, dando por sentada la posición privilegiada de quienes vivieron allí durante la época colonial.

Al principio sólo pasaba si tenía que hacer algún trámite para la oficina; con el tiempo alquiló su propio apartamento a unas pocas cuadras, de modo que sí o sí tenía que transitar por allí. Se había acostumbrado a caminar por la misma vereda donde se encontraba la casona, pero el frío que se colaba a través de la desventijada puerta lo estremecía. El colmo

fue cuando una tarde, en la que el sol ya se escondía y el movimiento de gente y tránsito había mermado, le pareció oír que susurraban su nombre. Aceleró el paso, con el frío en el cuerpo y con la sensación de que alguien lo seguía.

Un día se demoró haciendo varios trámites y ya era noche cerrada cuando se vio obligado a pasar por el lugar. No le quedaba otra, si quería cortar camino para llegar más pronto al apartamento. Al acercarse a la casona lo primero que le pasó por la cabeza fue girarse y tomar por la siguiente calle, pero desistió. No podía ser tan miedoso; sólo era cuestión de apurar el paso y en un par de minutos estaría en su casa. Hubiera sido lo más lógico, pero nada que tuviera que ver con esa casona lo era. De modo que esa noche se sobresaltó cuando una luz se encendió de repente en la planta alta. Sabía que era imposible que eso

juego, unos inmensos espejos que reflejen luz, más luz, una luz cálida y apacible, y que no fuera un fuego voraz que incinera a la Tierra, sino

un hermoso y reluciente nuevo amanecer para ella.

© MILA SAARINEN, 2013.



MILA SAARINEN  
(Argentina —Neuquén, 1992—)

Escribe desde los trece años y estudia Relaciones Internacionales.  
En **NM** 29 publicó “Valyrzon en busca del Malored”.

caballero. La joven así lo hizo, pero igualmente observó a placer al hombre tras sus ojos entomados. Su edad era incierta, pero andaría más cerca de los cuarenta que de los treinta. Llevaba el oscuro cabello sujeto en una cola de caballo y el rostro lampiño. Y si el rostro denotaba algún sentimiento, no era la bondad.

—Hija mía —dijo el padre sin ninguna ceremonia—, este caballero es tu futuro esposo.

Tal como se esperaba, Romina efectuó una cortés reverencia. A veces no sabía realmente por qué continuaba con esta farsa. Por curiosidad, quizá.

Los bramidos del exterior parecían haber cesado. El señor del castillo mandó un “voluntario” para que averiguara si ya no había peligro. El hombre, muerto de miedo, salió por la puerta trampa y regresó al poco tiempo, visiblemente aliviado. El peligro había pasado.

El padre de la joven salió con un grupo de arqueros y escuderos. Cuando regresó intercambió algunas palabras con los principales de la casa y luego se envió un par de aldeanos con palas para que limpiaran. No aclararon, para no herir la delicada sensibilidad de las señoras, qué era lo que tenían que limpiar, pero era evidente. Mientras, los sirvientes preparaban el salón para el banquete.

El prometido de la joven no dejó de clavarle el ojo durante toda la velada. Tenía una mirada calculadora que le daba escalofríos a la chica. Pero ella se consolaba pensando que no importaba cuánto la deseara

el hombre; ella nunca se casaría con él. Buscaría un mundo mejor. Éste había perdido su encanto.

Cuando Romina finalmente quedó libre, ya era noche cerrada. Había transcurrido el tiempo suficiente para volver a viajar. Con un suspiro muy poco femenino, cerró la puerta de su habitación y se quitó el pesado ropaje. Se soltó el cabello y se fue a la cama, soltando las cortinas. Recostada cómodamente aferró el talismán y entonó el encantamiento. Murmurando lenta y pausadamente, tan despacio que apenas vocalizaba.

Despertó y sonaba el teléfono.

—¿Sí? —Intentó que su voz no sonara demasiado somnolienta. Tenía que recuperarse del cambio. Y ese dolor de cabeza...

—¡Nena! ¿Dónde estabas? Hace horas que trato de llamarte.

—No... Lo siento. Es que tuve que salir.

—Sonás rara. ¿Estás bien?

Si sólo se callara...

—Es que tengo dolor de cabeza.

—Bueno, tomate un tecito y...

—Romina dejó hablar a la otra por un rato prudencial, sin prestarle mucha atención. Un monosílabo cada tanto era suficiente.

Por fin: —Y esos hombres volvieron y yo...

—¿Hombres? ¿Qué hombres?

—¿Cómo? ¿No te acordás? Te había dicho de ellos.

—¡Ah! ¡Sí, claro! —Pero no tenía idea de lo que hablaba su madre. Más bien comenzaba a tener unas sospechas no tan vagas, que le producían un vacío en el estómago.

—Bueno, como te decía, les dije que estabas muy ocupada y que seguramente cuando pudieras te comunicarías con ellos. Hasta me dejaron el teléfono.

—Mirá, mami —la cortó Romina—, ahora no puedo atenderte. Después te llamo.

—¿Pero no querés el teléfono que me dieron?

Romina anotó el número que le pasó la madre y colgó. Las sienes le latían. La invariable jaqueca. Que empeoraba con cada incongruencia que hallaba a su paso.

Buscó a su alrededor señales de algo, por ínfimo que fuera, que no correspondiera, pero todo era confortablemente familiar. Puso la tele, algún noticiero, pero la información que ofrecían era tan escasa que no era la mejor manera de averiguar si todo andaba bien. Bueno, claro que no era su mundo natal, pero a veces casi lo olvidaba.

Pensó en abandonar la búsqueda de su mundo ideal. Se quedaría aquí, y aquí haría su vida. Su madre de aquí no estaba tan mal, y se movía con soltura en medio de la población nativa. Pero no, era demasiado aburrido. Suspiró. Continuaría, y eventualmente llegaría a su mundo de ensueño.

Se tomó una aspirina y se enjuagó la cara con agua fría. El mundo cuasimedieval no estaba mal, pero sin dragones que se la pudieran comer a una. ¿Cómo debería plantear el encantamiento? Se entretuvo un rato imaginando las distintas posibilidades que se le presentaban.

Aún no podía intentar otro viaje. En cuando se le calmara un poco

la jaqueca iría al súper a comprar algo de comer. No probaba bocado desde... ¿Desde cuándo, en realidad? Pero primero tenía que cambiarse.

Buscaba algo adecuando en el ropero cuando llamaron a la puerta. Imperiosamente.

—¡Mami, ya te había dicho que...

—¡Romina Skhat! ¡Abra la puerta!

No era la madre. Nadie la había llamado Skhat desde... Desde hacía mucho y donde prefería olvidarlo. Buscó una salida con los ojos, aunque de antemano sabía que era inútil. Tampoco podía permitirle la entrada a los guardianes. Le quedaba una única salida, que era peligrosa y de resultados inciertos. Viajaría antes de tiempo.

Tratando de ignorar el dolor de cabeza se recostó en la cama, aferrando el amuleto y musitando el encantamiento.

Despertó en medio de algo duro. Tanteando, se dio cuenta de que eran piedras. Piedras bajo un sol calcinante. En cuanto pudo se incorporó con cuidado, observando a su alrededor. El paisaje ante ella era el más desolado que jamás viera. Piedras en un terreno cocido por el sol; grietas que se perdían a lo lejos, entre más piedras. Nada verde, nada de vida. ¿Dónde estaba?

Se levantó y comenzó a andar. Intentaba alejar de su mente el persistente dolor de cabeza, concentrándose en buscar un refugio, cualquier refugio, hasta que fuera posible iniciar otro viaje. Pero las rocas ofrecían un muy precario respiro contra los rayos del sol.

retorno (lo fue igual que lo había sido la partida) decidimos no reunirnos hasta dentro de algún tiempo, y quizá por otro motivo. Ariel revisaría sus notas y nos haría llegar sus conclusiones. En todo caso, nos mantendríamos informados. No sé aún el motivo; ahora pienso que pudo haber sido una suerte de presagio, influenciado por las palabras de Fundon, pero al descender del automóvil, despedirme de mis compañeros, ir a casa con Meshe y Sofía, ingerir una cena fresca y acostarme en la penumbra de mi habitación me sentí muy rara. Como dije, tal vez comprendía ya lo que iba a suceder.

Eso fue hace apenas dos semanas. Dos días después, Ariel nos envió un sobre igual al que Fundon nos había llevado con la invitación a su casa. Les envió el mismo sobre al "pastor y pastor" y a Dani, a Arturo y a Arquímedes. Adentro había una simple nota, escrita con cierta resignación evidente: "Ya lo sabíamos. Teníamos razón". Cuando leí el escaso mensaje en voz alta, Meshe, Sofía y yo no pudimos hacer más que mirarnos con estupor. Volví a pensar en lo que Fundon nos había dicho, sólo a nosotras tres, sorprendiéndome por no sentir ya miedo. Ninguna dijo nada más respecto al tema; al menos, no entre nosotras.

Anteayer las luces se apagaron. Todos se asombraron, menos nosotros ocho, porque ya sabíamos. Entendimos que el juego de luces sobre la Tierra había acabado de cumplir su función de espejo porque ya no tenía futuro que reflejar, puesto que

el futuro estaba aquí. El futuro es aquí. Ya no es "lo haré", sino "lo hago"; no es "la Tierra se quemará", sino "la Tierra se quema". No hay nada que podamos hacer. Solamente sentarnos y esperar. El recuerdo reciente de nuestros seres queridos nos mantiene con vida, además de las resistentes y protectoras paredes del refugio de Ariel, donde nos encontramos. Por suerte para nosotros, lo tenía preparado desde hacía muchos años. Quizá el viejo anticipaba algo de esto. No lo sé. Cada pocos minutos, vuelvo a decirle a Meshe que deje de llorar, pues todo estará bien y pronto nos reuniremos con Sofía, Dani, Arquímedes y Arturo. Ellos ya están muertos. El incendio aquí comenzó en la zona sur; alcanzó los complejos escolares antes que nada, antes de que pudiéramos hacer nada. Las clases tuvieron que iniciarse justo ese día.

De Fundon y su esposa no ha habido noticias. Como todo a nuestro alrededor y arriba (estamos bajo tierra) es el final ígneo del mundo, y por ende de nuestras vidas, suponemos que han enfrentado horrible y lamentablemente el mismo destino que la mayoría del resto. Como también lo haremos nosotros. Sí, en realidad, la única razón por la que seguimos aquí es porque deseamos prepararnos para lo inevitable. Tarde o temprano...

Probablemente Sofía haya tenido razón. Soy muy pesimista, dado que lo único que nos es posible hacer ahora no es sólo sentarnos, esperar y prepararnos, sino también imaginar que algún día podría nacer un nuevo

subía a la colina del observatorio. Ariel aferró la caja con el telescopio. Estaba evidentemente nervioso, aunque no era el único. Cabía aún una posibilidad de que hubiera científicos en el observatorio que nos obstruyeran el paso, dando como resultado una misión fallida. Pero mis temores pronto se confirmaron inválidos. Todo estaba a oscuras cuando llegamos y el silencio dominaba de tal modo que un magnífico coro de grillos nos recibió sirviendo de alarma. Comenté algo al respecto al descender del vehículo y Sofía me miró. Aún me sorprendo de que, siendo tan pequeña, se expresara como una adulta, o quizá mejor.

—¡Pero qué pesimista eres, tía!

Sofía le devolvió las llaves a Arquímedes porque él sabía cuál abría cada puerta; nos colocamos detrás del niño, expectantes, y avanzamos siguiendo sus pasos a medida que introducía las llaves en las cerraduras y nos daba acceso a las preciadas y secretas salas. Encendimos pocas luces, sólo las estrictamente necesarias, de las salas principales. Arquímedes y Ariel se encargaron de apagar los aparatos que podían afectar de algún modo la observación; Arturo se ocupó de vigilar los exteriores; Sofía y Dani se entretuvieron examinando el telescopio gigante que nunca había funcionado con nuestras luces, y Meshe, Fundon y yo dimos unas vueltas, sin hablar, observando un sitio que visitábamos poco y nada; en mi caso, a pesar de mi interés en el tema. Arquímedes y Ariel acabaron pronto y comenzaron a montar el antiguo telescopio, tarea en la que

fui partícipe voluntaria. No tardamos mucho tiempo; llegó entonces un momento en el que todos contuvimos la respiración, amilanados por la emoción y, finalmente, Ariel anunció:

—Está listo.

Los que hicieron las observaciones permanentes, con papel y bolígrafo en mano, fueron principalmente Ariel y, en menor grado, el pequeño Arquímedes. Sin embargo, cada uno de nosotros disfrutó de una oportunidad de desfilas por el telescopio y contemplar, mediante sus lentes, las maravillosas luces que brillaban allí afuera (yo obtuve permiso para quedarme un rato más que el resto). Incluso la reticente Meshe, la más negativa y escéptica del grupo, hizo uso de sus ojos y de los del telescopio para asombrarse de la repentina proximidad artificial de las luces. La hora que estuvimos en el observatorio fue, sin lugar a duda, singular e increíble. Antes de que Ariel coincidiera con Arturo en que no quedaba mucho tiempo disponible y empezara a desarmar el telescopio, pedí que me dejaran mirar una vez más. Eché un nuevo y último vistazo a los colosales y luminosos espejos en el espacio exterior, y luego me aparté, aunque de inmediato me acerqué nuevamente para volver a ayudar a Ariel y Arquímedes con el armatoste.

Debí molestar bastante durante la salida y el camino de regreso con mis continuos suspiros de alivio porque todo hubiera resultado como planeábamos, pero es que necesitaba expresar ese sentimiento y no conocía otro modo. En el apretujado y caluroso

Al poco rato de caminar su piel ya comenzó a enrojecerse. Estaba vestida con una leve túnica, pero afortunadamente aún calzaba los escarpines de raso que su madre de dos mundos atrás le hiciera poner. No durarían mucho, pero ahora eran mejor que nada.

Arrancó una tira de la túnica y se la puso sobre la cabeza, a la manera de un turbante. No le calmaría la jaqueca, pero al menos sería una ayuda contra los calcinantes rayos del sol.

Algo la sobresaltó. Un sonido como el silbido de una pava cuando hierve el agua. Allá a lo lejos se elevaba una columna de humo, seguida de un atronar que hizo temblar el suelo. Lo que sea que fuera eso, esperaba que fuese lo suficientemente lejos. Debía hallar aunque fuera una grieta. ¡Pero ya!

Como si el cielo la hubiera escuchado, casi cayó dentro de una. Era una herida en la tierra lo bastante grande como para ofrecerle una protección temporaria.

Un bramido. Con un escalofrío que le recorrió la espalda, temió levantar la vista. Mas lo vio por el rabillo del ojo. Un enorme dragón que pasó casi rozando el suelo. Y otro. Y otro. Y aún otro más, escupiendo una larga lengua de fuego al pasar. Romina temió quedar achicharrada, pero las bestias no llegaron a darse cuenta de su presencia. Luego se perdieron de vista en el firmamento.

Había ido a parar a un mal lugar. Verdaderamente un mal sitio. Se acurrucó esperando que llegara el momento adecuado para viajar. Echó

una ojeada al amuleto, pero no, todavía no.

Tras lo que pareció una eternidad, cuando el sol comenzaba a ocultarse y el suelo comenzaba a enfriarse con velocidad (enfriarse demasiado, en realidad), el amuleto empezó a despedir una tenue luz iridiscente. Ahora.

La joven se tendió cuanto le era posible y, sin soltar el amuleto, comenzó lentamente a recitar el encantamiento adecuado. Se iba yendo... Su conciencia se disolvía en busca del mundo adecuado, pero aún llegó a ver a las dos figuras de brillante armadura que se dirigían hacia ella.

Los guardianes llegaron demasiado tarde. Ya Romina había saltado hacia otro mundo.

Despertó en su cama adosada, con la acostumbrada jaqueca. Pero tuvo la suficiente presencia de ánimo para quitarse el turbante y la túnica destrozada. Su aya hallaría su desnudez menos alarmante que verla con la ropa hecha jirones.

Escuchó pasos. El aya apartaba las cortinas de la cama y le alcanzaba una jofaina llena de agua.

—Levántate, niña, que el sol ya está en lo alto.

—Ya, sólo un momento. —No solté las cobijas—. Vete, mujer, ya me vestiré.

La otra se marchó murmurando algo entre dientes.

Romina, luchando con la jaqueca, buscó algo que fuera remotamente decente. Al poco rato estaba aceptablemente vestida con una túnica limpia y escarpines haciendo juego. A tiempo, pues el aya volvió a entrar, sin

ninguna clase de preámbulo, esta vez acompañada de la madre.

—¡Niña! ¡Qué te ha pasado!

Romina las miró sin comprender.

—¡Estás toda...! —Se había olvidado que estaba quemada por el sol.

La madre le tocaba la frente.

—¡Estás ardiendo! Mujer, ¡un médico! ¡Pronto! —ordenó al aya.

Antes de que la joven pudiera protestar, ya el médico se había hecho presente.

Tuvo suerte, y pudo librarse relativamente con pocas molestias de las atenciones de ese molesto personaje. Pero se prometió no volver a cometer el mismo error dos veces.

Cuando las cosas volvieron a la normalidad, y pudo estar nuevamente a solas por un rato, recordó algo de la vez anterior. Otro mundo, en realidad. Fue hacia el estrecho ventanuco y miró hacia abajo. El patio estaba desierto, a excepción de los acostumbrados guardias y arqueros medio dormidos y aburridos de tanta inactividad. Parecía como que jamás hubiera habido rastros de dragón alguno.

Canturreando, con la jaqueca relegada a algún punto olvidado de la mente, se preparó para conocer este nuevo mundo. Esperó al aya y, pese a las protestas de la mujer, pronto estuvo adecuadamente vestida para ser vista en público. Palpó el amuleto bajo la suntuosa túnica y sintió el suave calor que revelaba que ya estaba listo para cuando ella quisiera viajar. Pero, por el momento, esperaría.

Pareció que las horas hubieran transcurrido con más velocidad que la habitual. La mañana había dado paso a la tarde, y ésta se estaba con-

virtiendo en un perfumado anochecer. Los lacayos iban por todos lados encendiendo los candiles, que despedían un cierto olor a especias.

En el Gran Salón, la enorme mesa ya estaba dispuesta para el cotidiano banquete. El padre saludó con grandes voces a Romina, demostrando su alegría de verla.

Esto se acercaba más al mundo de cuentos de hadas que la joven intentara crear.

Se sentó a la izquierda de su padre. A la derecha, la madre dominaba con su imponente presencia. Romina saludó con una inclinación de cabeza a los presentes y se dispuso a disfrutar el banquete. Entonces los vio.

Sentados a la mesa de los veteranos, juglares, clérigos de poca monta y demás gentes, se hallaban ellos. Los guardianes.

Romina empalideció. Primero consideró abandonar la mesa, pero eso podría empeorar la situación. Estaba más segura en el salón, rodeada de toda esta gente.

Pero ya apenas si pudo probar bocado. Sentía que los dos hombres no le quitaban la vista de encima, lo que por otra parte era cierto. Sobrevivió como pudo y, cuando ya no tuvo remedio, se retiró a sus habitaciones, seguida por el aya como una sombra. Con suerte, podría viajar antes de que los guardianes llegaran hasta ella.

No le fue posible, sin embargo. Acababa de despedir al aya, quien se retiró a regañadientes, y subía el último tramo de las escaleras, cuando de entre las sombras surgieron las dos figuras. Romina no tuvo siquiera tiempo de sujetar el talismán; sintió

allí parecía una fantasía, en cualquier momento podía convertirse aquí en la realidad, y nada podía ser más aterrador. Por otra parte, aquello de que los espejos reflejaban el futuro sí resultaba bastante fantástico. ¿Por qué el futuro? ¿Por qué no el pasado o el presente? ¿Por qué tenían que reflejar el tiempo?

En los días siguientes no habría visto a Ariel si no lo hubiera ayudado, después del trabajo, a componer el telescopio que él había ido a buscar a casa de Fundon a la mañana siguiente. Tuvimos noticias de Arturo tres días después de la reunión. El chico era rápido; ya había urdido un plan y el engaño virtual estaba en marcha. Creí otra vez que eso estaba mal, pero nos aseguró que no era dañino, sino que no iba más allá de una simple broma que tardaría en descubrirse. Entre tanto, a través de Sofía, Arquímedes nos hizo llegar las llaves que él poseía, cada una de las cuales abría una puerta distinta del observatorio. Yo estaba cada vez más nerviosa ante la perspectiva de tener que entrar a ese lugar a escondidas, pese a las continuas declaraciones de mis compañeros —incluyendo a Ariel— de que todo estaría bien.

Una semana después de la reunión, Ariel y yo habíamos acabado con el telescopio. Según él, Fundon había sido inteligente al optar por ese antiguo aparato, ya que, al no poseer la misma tecnología que la mayoría de las máquinas actuales, era mucho menos probable que resultara dañado al enfocar a las luces. Pusimos al telescopio en su caja y

lo llevamos a casa de Fundon. Cuando llegamos, Fundon veía las noticias. Estaba muy contento; el truco de Arturo funcionaba, y todos hablaban de ello. El pastor recibió su telescopio, lo apoyó en el suelo, agradeció y se quedó pensando. No tardó en decirnos que llamaría a Arturo y a Arquímedes para que se prepararan. Entraríamos esa noche.

Hizo más calor que nunca hasta entonces en el verano. Fuimos afortunados, pues justamente aquella noche había un festival, y a todos en la ciudad se les había ocurrido ir. De modo que nadie me vio temblando, ni tampoco nadie nos vio subir, con cara de sospecha, al automóvil de Fundon. Ariel llevaba la caja con el telescopio. Se oía el tintineo de las llaves en manos de Sofía; vi que Arquímedes y Dani la observaban, quizá con un temor disimulado de que las perdiera. Cuando Fundon cerró la última puerta, se bajaron las ventanillas; un vehículo lleno de gente hace que el calor sea aún más sofocante. En el asiento delantero iban Fundon y Ariel; atrás nos apretujábamos los demás. Meshe, Arturo y yo llevábamos cada uno a un niño sentado en las piernas. “Cuanto antes, mejor”, dijo Fundon, no sin razón, y el automóvil se puso en marcha.

La ciudad, hasta el centro, estaba casi enteramente vacía. Oíamos los ruidos, los sonidos y la música de la alegre fiesta, y veíamos luces que eran insignificantes con respecto a nuestro objetivo. Nos aliviarnos inmensamente cuando Fundon guió al automóvil por la última calle, de tierra, que

dió. Dani, su pequeña hija, no tardó en aparecer, y saludó amistosamente a Sofía, pues eran habituales compañeras del colegio y de sus juegos.

Una vez que todos estuvimos en nuestros lugares, el señor Fundon miró con amabilidad a Sofía y Dani, y dijo:

—Tal vez las niñas prefieran ir a otro sitio a entretenerse, para no escuchar las aburridas conversaciones de los adultos.

Noté que decía esto siendo que éramos sólo tres adultos, en contraste con cuatro menores de edad. Además, no había invitado a Arquímedes a acompañar a las pequeñas. Sofía me miró como si me pidiera sin palabras que le permitiera quedarse allí. Yo miré a Meshe, y ella, al captar mi mirada, dijo enseguida:

—Tal vez a las niñas les interese lo que usted tiene que decimos, señor Fundon.

—Muy bien —dijo Fundon—. En ese caso, se quedarán. —Sofía y Dani intercambiaron una mirada de entusiasmo—. De acuerdo. Supongo que todos querrán saber por qué los he convocado hoy.

La cuestión era que Fundon tenía un telescopio óptico, muy viejo, heredado de un pariente que había muerto mucho tiempo atrás. Pero no funcionaba. Para eso necesitaba a Ariel, ya que creía que él podría arreglarlo. Con aquel telescopio, muy probablemente, podríamos observar las luces. Sin embargo, se necesitaba colocarlo en un lugar especial. Para ello contaba con la ayuda de Arquímedes,

que era hijo del director del observatorio y podía, por tanto, conseguir las llaves o algún otro medio para que entráramos allí. Había aún otro obstáculo. Nadie debía saber lo que haríamos, porque comenzarían a hacer preguntas incómodas y nada nos convenía menos. Bueno, Arturo sería una buena distracción. Según lo que Fundon sabía, era un genio con la tecnología, y podía crear alguna noticia impactante que circulara por Internet y atrajera completamente la atención de la gente por espacio de varios días, suficientes para el cumplimiento de nuestra pequeña tarea. Con esa propuesta, empecé a temer. Parecía que íbamos a cometer un delito. Pero no dije nada. Cuando me di cuenta, Ariel, Arturo y Arquímedes habían aceptado, y se despedían de nosotras. Fundon hizo que nos quedáramos un rato más. Buscó una Biblia y nos leyó algunos pasajes del Apocalipsis. Luego nos habló de ellos.

Esa noche no me pude quitar sus palabras de la cabeza. Horas después, acostada en mi cama, miraba el techo oscuro y pensaba en el asunto incesantemente. “Las luces son una especie de superficie brillante que actúa como un espejo. Qué refleja, es algo difícil de discernir. Lo que yo creo, dadas mis lecturas, es que enfrentamos un fenómeno divino, un milagro. Estas luces nos están mostrando algo. Nos muestran el futuro. Una luz inundará la Tierra, probablemente un gran incendio, enviado por...”. Había visto un par de películas de ciencia ficción que trataban temas como éste; lo que

que algo le tapaba la nariz y la boca y cayó inconsciente.

Despertó en algún lugar, literalmente en medio de la nada.

—¿Dónde estoy? —se atrevió a preguntar. Temía la respuesta.

Los dos guardianes se hallaban frente a ella, sentados en sendos sillones. Vestían el uniforme propio de su oficio; metal y cuero de una mágica indestructibilidad.

—Romina Skhat, se la acusa de uso ilegal de un talismán generador. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

—El guardián la miraba severamente.

Romina no respondió.

—Tomaremos eso como un “no”.

Los hombres conferenciaron entre ellos por unos instantes y luego, dirigiéndose a la joven, dijeron:

—¿Lista para oír la sentencia?

—Eran jueces, jurado, y verdugo.

—Oigan, yo... —intentó Romina.

—Demasiado tarde. Skhat, se la condena a pasar el resto de su vida en el último mundo creado por usted. Allí vivirá y allí morirá.

—¿Qué? —La joven no podía creer en su buena suerte. Mejor se callaba la boca, por si cambiaban de idea. Instintivamente se tocó el pecho. Debió haberlo supuesto: el talismán ya no estaba.

Los guardianes la hicieron recostar en un lecho que surgió de alguna parte, y luego no supo más.

Despertó en su cama adoselada, con las primeras luces del alba. El acostumbrado dolor de cabeza amenazaba con convertirse en una gran jaqueca, pero ése, aunque ella aún no lo sabía, sería el menor de sus problemas.

Cuando entró el aya a vestirla, comentando lo desmejorada que se la había visto la noche anterior en el banquete, le comunicó que sus padres tenían algo importante que decirle. En cuanto estuviera vestida, debía ir ante ellos.

Algo aprensiva, la muchacha se presentó ante el padre y la madre, creados por ella para ser los padres perfectos de cuento de hadas.

—Hija mía —comenzó diciendo su padre—, ya estás en edad de contraer matrimonio y quiero comunicarte que he elegido a tu futuro marido.

—¿Qué? ¿Cómo?

Ni el padre ni la madre se dieron por enterados del poco femenino exabrupto de su hija.

—Tu futuro esposo debía llegar ayer, pero sufrió un retraso y recién arribó esta madrugada. En unos momentos estará aquí. Quiere conocer a su futura novia antes de la boda.

—Pero, padre... Madre, dile que...

La madre no había abierto la boca, tal como correspondía a una respetable señora casada. Aceptaba sin dudar las decisiones de su esposo.

Se abrió la puerta y un lacayo hizo pasar a un hombre.

Romina tragó saliva. Conocía a aquel hombre. De otro mundo, sólo un par de días antes. Era un hombre corpulento, de cabello oscuro atado en una cola de caballo y una severa mirada que no sabía de dulzuras.

—No, no. ¿Saben? Yo realmente no pertenezco aquí. No. Todo esto es inventado. Yo...

Siguió hablando, pero nadie la escuchaba. El padre de Romina le decía a su futuro yerno: —Es por las fiebres.

Pero es una joven voluntariosa; no le va a venir mal una mano dura.

El otro asintió.

—Será una buena esposa. Tomará algo de tiempo, pero será una buena esposa. Como la Dama Leonor.

La madre de Romina sonrió educadamente.

Sí. Este mundo era verdaderamente un mundo perfecto.

© E. VERÓNICA FIGUEIRIDO, 2012-2013.



E. VERÓNICA FIGUEIRIDO  
(Argentina —Buenos Aires—)

Una de las pioneras que impulsó el *fandom* en los años ochenta, colaboró en revistas como **Nuevomundo** (antecesora de **NM**), **Sinergia**, **Cuásar**, **Vórtice**, **Galileo** y **Axxón** y varios de sus cuentos fueron traducidos a otros idiomas.

En **NM** publicó “Los recién llegados” (# 26) y “Los turistas” (# 28).

y ella fue a atender. Cuando la oímos hablar con alguien, Sofía y yo nos miramos; entonces ella se inclinó hacia mí por encima de la mesa de la cocina, a la que estábamos sentadas, y, con expresión y tono confidenciales, me confió:

—Dani sabe algo. Su padre, que es pastor y pastor, le contó algo, y ella me lo contó a mí.

Me llamó la atención que el hombre fuera pastor y pastor, pero no me interesé en ese detalle sin importancia, para que Sofía pudiera seguir.

—El señor Fundon dice que él, una noche, estaba en su casa cuidando de los animales, y en cierto momento miró al cielo, a las luces, y vio algo como lo que el señor Ariel y tú dicen que vieron, tía. Él creyó que se trataba de algo relacionado con la Biblia; dijo algo sobre una profecía. No recuerdo muy bien qué me contó Dani; era difícil.

Tardé un rato en contestar porque me había quedado asombrada y reflexiva, pero apenas alcancé a decir “Está bien”, pues Meshe regresó enseguida trayendo un sobre ya abierto en la mano. Lo puso en la mesa e informó:

—El señor Fundon nos invita para que vayamos a una reunión mañana en la noche, en su casa. Habrá algunas personas más. Quiere hablarnos acerca de las luces en el cielo. ¡Ja! Al parecer, no son ustedes dos las únicas obsesionadas con ellas.

Sofía y yo no dijimos nada, sino que nos limitamos a cruzarnos una mirada. Nadie habló más de las luces durante esa noche (era de noche),

pero yo pensé en el asunto desde esa conversación hasta el anochecer del día siguiente, al prepararme para ir a la casa de Fundon. Sofía y yo salimos apresuradas de casa, demostrando nuestro interés en la reunión; Meshe, contrariamente, se demoró cerrando la puerta con llave, atravesando el jardín y cerrando la verja.

La casa de Fundon quedaba a dos cuadras de la nuestra, de modo que caminamos por la vereda a la luz de las luces. Se situaban a nuestras espaldas; tanto Sofía como yo queríamos echarles un mínimo vistazo, pero advertimos la impaciencia de Meshe y decidimos no hacerlo. En vez de eso, observé las casas y las calles para ver si algún otro vecino había sido invitado a la reunión. No vi a nadie más.

El señor Fundon y su casa nos recibieron cálidamente, aunque el ambiente, por fortuna, se enfrió de inmediato, ya que se abrieron puertas y ventanas y se encendió un gran ventilador. La señora Fundon explicó el calor interior diciendo que estaba preparando un pastel, y pidió que supiéramos disculparla. Dijimos que no había ningún problema. Nos sentábamos en la sala cuando Fundon recibió al resto de sus invitados: Ariel, un muchacho llamado Arturo y un niño de la escuela de Sofía, Arquímedes, cuya tez oscura le valía, lamentablemente, una amplia variedad de insultos por parte de sus compañeros. Ariel nos saludó afablemente; tanto Arturo como Arquímedes nos hicieron señas tímidas, y estrecharon la mano que el sonriente Fundon les exten-

## LAS ESCOGIDAS

DANIEL GONZÁLEZ

Nos posicionamos en el patio, y estuvimos así unos minutos. Ariel consultaba intermitentemente su reloj de pulsera. Entonces me pidió, con visible emoción, que mirara las luces atentamente. Así lo hicimos ambos. Pasó un segundo en el que brillaron más que en cualquier otro momento. Después volvieron a la normalidad. Ariel se volvió hacia mí y me preguntó si lo había visto. Asentí, aunque luego pregunté:

—El borde, ¿verdad? Era un borde, que brillaba. Una especie de filo.

—Exacto —confirmó Ariel con una sonrisa—. Lo descubrí hace unos días. Lo he observado cuidadosamente; quería asegurarme de que no fuera una simple ilusión óptica. Por eso te llamé. Entonces lo viste bien, ¿no es cierto?

—Sí —contesté—. Pero, ¿qué es? ¿Acaso nadie lo ha visto?

—Quizá lo hayan visto, pero no saben qué es. O no quieren saberlo. Después de lo que sucedió, es muy posible que opten por pasarlo por alto.

—¿Y usted? ¿Sabe qué es?

—Por lo que he observado, Hele... Por lo que observé, he sacado mis propias conclusiones. Probablemente erróneas, pero deseo compartirlas contigo, ya que quieres saber. Lo que yo creo es que ese borde pertenece a las luces, y que las luces son espejos.

—¿Espejos?

—Sí, Hele. Alguna especie de espejos, formados por ciertos compuestos rocosos y minerales, que quedaron atrapados en el campo gravitacional de la Tierra y reflejan la

luz solar del mismo modo en que lo hace la Luna. Deben de poseer alguna propiedad electromagnética, posiblemente debido a su composición, que es lo que arruina cualquier artefacto, incluyendo transportes espaciales, que se dirigen a ellos. No es lógico que haya un montón de espejos dando vueltas alrededor del mundo; incluso mi hipótesis suena sumamente disparatada, pero cabe una posibilidad y no carece totalmente de sentido, ¿no crees?

Coincidía con él y así se lo dije, de modo que la carcajada despectiva que lanzó Meshe cuando le conté lo ocurrido me valió como una burla a la opinión de Ariel y también a la mía. Sofía miró a su madre con tal expresión que fui yo quien continuó la risa, callada levemente casi de inmediato, para que su dueña pudiera oír lo que su sobrina quería decir. La niña dijo muy seriamente:

—No veo por qué tienes que reírte, mamá. ¿Qué tiene de malo que haya espejos en el cielo? ¿No fuiste tú la que me dijo una vez que las nubes reflejan lo que hay sobre la Tierra?

—Ése es un viejo cuento —respondió Meshe—, y además las luces no son nubes. Ni tampoco espejos. Son sólo eso, luces. Lo que pasa es que Ariel es un señor mayor y a veces no sabe lo que dice.

—¿Por qué lo difamas? —pregunté ofendida—. Él es mi amigo, y a pesar de su edad sigue siendo un científico brillante. Yo creo en lo que él sostiene.

Meshe no pudo contestar, porque en ese momento llamaron a la puerta

Joan había escuchado hablar del Área 51 pero nunca la había visto realmente. Pensaba que era algo más propio de la fantasía y la cultura popular. ¡Qué equivocada estaba!

La sacaron del psiquiátrico donde estaba internada desde hacía algunos años a raíz de una serie de cuadros psicóticos graves y la llevaron a una extraña camioneta negra en la madrugada, de noche, cuando casi todo mundo dormía. Allí había otras mujeres pero muy diferentes a ella. Estaban esposadas igual que ella y se veían intranquilas. Una parecía ser una indigente traída de la calle; estaba sucia y tenía un traje harapiento. Otra debía de ser prostituta, por la forma en que vestía tan escasa y mostrando tanta piel. Había otra mujer de raza negra, que aún conservaba su uniforme rojo de presidiaria.

Todas fueron llevadas a las misteriosas instalaciones del Área 51.

Vieron cómo se abrían las puertas que separaban el exterior *civil* del interior de la base militar, provocando un sonido escabroso que le hizo recordar una tumba al sellarse. Una vez dentro, unos soldados armados las introdujeron a un área para que se ducharan y les dieron ropa limpia, consistente en uniformes blancos como para un enfermo de hospital.

La presa estaba muy violenta. Les gritaba improperios y los amenazaba constantemente. Era notable su molestia y su agresividad. Maldecía y juraba con frecuencia y le daba patadas a las puertas. Uno de los soldados entró y le dio un culatazo en la cara que la hizo caer al suelo, sangrando por la nariz.

—Es la última advertencia —le dijo.

Ella se limpió la sangre con el antebrazo y lo miró con ira. Las otras dos mujeres la ayudaron a levantarse.

Poco después metieron a una muchacha; apenas si era una adolescente y se notaba que también provenía de las calles. Luego trajeron a otras dos mujeres, una hispana y una negra; parecían ser inmigrantes ilegales de México y de África.

—¿Qué está pasando? —preguntó por fin la mujer que parecía prostituta.

Pero nadie lo sabía y no hubo respuesta. Les llevaron comida y luego les hicieron una serie de exámenes médicos y les tomaron muestras de sangre. Tras esto las introdujeron a todas en una serie de celdas una al lado de la otra, ubicadas en extensos pabellones. Lo más siniestro era que ya había decenas de mujeres de edades similares a ellas en situación parecida, que hablaban en innumerable cantidad de lenguas de todas partes del mundo, y en los días siguientes llegaron muchas más, hasta que fueron cientos.

—¿Qué van a hacer con nosotras? —le preguntó Joan a la mujer que tenía al lado. Era la única con la que podía conversar, porque la mujer en la prisión del otro lado parecía estar loca (o más loca que ella) y sólo se abrazaba las rodillas repitiendo la misma letanía: vienen por nosotros... vienen por nosotros...

—Estamos en el Área 51... ¿Crees en los extraterrestres? —respondió. Hablaba inglés, pero tenía un acento extranjero.

—Creía... antes de que me llevaran al psiquiátrico y me dieran medicinas. Yo solía pensar que se comunicaban telepáticamente conmigo y me ordenaban hacer cosas horribles,

como lesionarme a mí misma y a los demás. Pero después los psiquiatras y sus medicinas me hicieron pensar que eso eran sólo alucinaciones mías.

—Soy israelí. Solía estar en el ejército pero me dieron de baja porque me negaba a seguir algunas de sus órdenes, como disparar a palestinos desarmados. El Mossad me secuestró hace como dos semanas y me trajeron aquí. Por cortesía me explicaron qué me esperaba.

—¿Y qué te dijeron?

—Hay una civilización extraterrestre que contactó secretamente a todos los gobiernos del mundo hace ya varias décadas. Les dijeron que cada país debía entregar siete mujeres sanas en edad reproductiva y enviarlas a través de una puerta interdimensional que ellos les proveyeron y que está acá, en el Área 51, o de lo contrario destruirían la Tierra y extinguirían a la raza humana.

—¿Siete mujeres por cada nación de la Tierra? ¿Para qué?

—Nadie sabe... Parece que los *aliens* no explicaron por qué nos querían, pero hicieron énfasis en que debían estar vivas y saludables. Hay muchos rumores... Hay quien dice que nos van a comer; otros, que nos quieren como esclavas sexuales y otros que son una especie que perdió a todas sus mujeres y nos convertirán en máquinas de parir niños hasta que muramos. Tal vez todo lo anterior...

—¡Por Dios! ¡Eso es horrible! Pero, ¿cómo pueden hacer desaparecer tantas mujeres sin que nadie se dé cuenta?

do su propia hipótesis. Como Meshe, mi hermana, que una noche estaba acostando a mi sobrina y le contó que las luces eran unos solcitos que nunca se iban a dormir. Todavía recuerdo que Sofía le contestó que solcitos no podían ser, porque ya había uno y era suficiente, y que además las estrellas no duermen porque no están vivas. Reí en cuanto lo escuché, puesto que Meshe, al contármelo, todavía estaba ruborizada, como si la hubiesen sorprendido en falta.

Aún recuerdo también que yo solía confiar en el viejo Ariel, un vecino jubilado que había sido doctor en ingeniería. Vivía sus años de vejez en una modesta casa, contigua a la nuestra, divirtiéndose entre computadoras, aparatos raros y réplicas exactas en miniatura de naves espaciales y cohetes. Cada vez que lo visitaba (frecuentemente, dado que éramos buenos amigos), yo me detenía largamente a observar estas réplicas, que me fascinaban. Todo lo que concierne al espacio, al Universo, a las estrellas, siempre me ha fascinado. Así también me fascinaban las luces, y Ariel me hablaba mucho del tema. Un día, por ejemplo, me contó que había oído que, en una operación secreta, la NASA (siempre Estados Unidos tenía que ser) había ordenado que uno de los tantos satélites artificiales que nos orbitan tomara imágenes de las luces que en ese momento también nos orbitaban. No pudieron. Todo aparato, toda tecnología utilizada, fallaba en algún momento. Lo mismo pasó con toda la gente que no estaba en los satélites, sino en

la Tierra. Las cámaras fotográficas no lograron retratar nunca el juego de luces. Y las videofilmadoras... Podían grabarlo, en un principio, pero cuando iban a revisar las cintas se encontraban con horas y horas de pura estática. No supimos con certeza a qué se debía.

Por otra parte, la segunda operación no fue secreta, aunque sí muy costosa y trágica. Enviaron un cohete a estudiar las luces. Las cámaras siguieron la trayectoria del *Antorcha* hasta unos segundos antes de que hiciera contacto con las luces. Después, como Ariel me había anticipado, se cortó la transmisión. No tardamos en ver, en el cielo, junto a las luces, un estallido que literalmente hizo temblar a la Tierra entera. Millones de dólares y veintitrés científicos y astronautas se perdieron. Si hay algo que nos caracteriza como seres humanos es la tenacidad, pero algunas veces, como ésta, también la prudencia, mayormente si tenemos miedo. No volvieron a intentarlo.

Una vez, un destellante día de verano en el que todos se bañaban y refrescaban de alguna forma, Ariel me invitó a su patio. Me sorprendió que el lugar fuera específicamente *su patio*, y no su casa. Lo que sucedía era que desde su casa no se podían observar las luces, y desde el patio sí. De manera que fue ése el sitio al que me dirigí. Allí contemplamos un rato el juego luminoso. El nombre lo había inventado él. Un día me dijo: "Vamos a ver el juego de luces del cielo". Y allí fuimos a verlas. Ese día de verano también.

## EL JUEGO DE LUCES SOBRE LA TIERRA

MILA SAARINEN

No sabíamos. Cuando las vimos por primera vez no sabíamos. No hubiéramos podido saberlo. Un amanecer aparecieron allí, como soles pálidos, como nuevos satélites, más fulgurantes que la Luna. De día y de noche permanecieron en el cielo, brillando tranquilamente, arrancándole fugaces e inquisitivas miradas a la gente. Desde el primer día, los medios se ocuparon de ellas. Versiones, hipótesis, preguntas, respuestas, debates; todo eso cruzaba los canales de noticias como una marea que iba y venía. Había cámaras que vigilaban constantemente, por si sucedía algún cambio. Pero nada pasaba. Las luces estaban en el cielo y no le hacían ningún mal a nadie.

Cuando transcurrieron unos meses desde la aparición de las luces, otros asuntos ocuparon su lugar en las noticias. Siempre que un suceso comienza a ser novedoso y a revestir,

de algún modo, mayor interés, enseñanza reemplaza a aquello que acaparaba previamente los titulares. Lo mismo ocurrió esta vez. De un día para otro, las luces en el cielo pasaron a ser como nubes de formas raras, o como una mera decoración a la que ya casi nadie le prestaba atención. Sólo unos pocos seguíamos observándolas; para los demás, ya no eran mucho. Peor, no eran casi nada. Y las luces continuaban allí, impasibles, sin hacerle nada a nadie y sin que les hicieran nada.

Entre las muchas especulaciones que se dieron respecto a las luces se oyeron las más razonables (o, al menos, científicas), dadas por astrónomos, meteorólogos y físicos, pero también las más disparatadas (o, por lo menos, ilógicas), dadas por predicadores, astrólogos y borrachos. En más de una ocasión, uno no sabía a quién creerle, y terminaba formulan-

—Me dijiste que estabas en un psiquiátrico antes de venir aquí. ¿Tienes familia? ¿Amigos?

—No...

—¿Ves? Nadie que te busque o que note que desapareciste. En mi país pensaban enviar siete árabes, pero luego los gobiernos árabes amenazaron con enviar siete judías cada uno (aún hay algunos judíos en los países árabes), así que llegaron al acuerdo de que Israel sólo enviaría judías y los países árabes sólo enviarían árabes. Otras minorías no tuvieron la misma suerte. China envió siete disidentes políticas, de las cuales cuatro eran tibetanas, incluyendo una monja budista, y Turquía envió siete mujeres kurdas. Dicen que las chicas que envió Irán eran siete lesbianas... Supongo que cada país enviaba a sus respectivas parias.

—Son ellos... Son ellos... —seguía diciendo la mujer en la otra celda.

—¿Quiénes? —le preguntó Joan.

—Los vi una vez —dijo ella— en mi mente... telepáticamente... No son de otro planeta sino de otra dimensión... Son gigantes; se parecen a uno de esos animales marinos... los nautilus, pero tres veces más grandes que una ballena azul, llenos de tentáculos y ojos incontables que te miran y te atraviesan. Tienen tres bocas y su piel es parcialmente traslúcida, así que se les ven los órganos internos. Su mundo está lleno de nieblas ácidas y con poca gravedad, donde ellos flotan como seres marinos... Cuando los vi me volví loca... ¡loca! A ellos nos van a entregar... A ellos...

—Debe de estar delirando —dijo la israelí, pero no sonaba muy convencida.

La conversación llegó a su fin. Una alarma sonó y las celdas se abrieron. Soldados armados de todos los países encañonaron a las mujeres y las hicieron caminar en filas hasta un misterioso hangar. Joan pudo ver que, en efecto, las había de todos los colores, razas, religiones, nacionalidades y de todas las edades reproductivas entre la pubertad y la menopausia. Observó a la monja budista tibetana que le habían mencionado... Parecía estar en paz y su rostro mostraba cierta templanza y aceptación, muy diferente de los rostros nerviosos y angustiados de la mayoría. Le dijo a uno de los soldados:

—Los perdono a todos.

Fueron colocadas en cinco filas frente a una majestuosa y extraña estructura con forma de marco trapezoidal. Los científicos activaron el mecanismo y éste abrió una encefaladora luz blanca en el centro y luego el interior del marco fue reemplazado por un nubarrón impenetrable de niebla gris... similar a la que había descrito la mujer loca al lado de la celda de Joan... A ella y a la israelí se les estrujó el corazón.

—¡No iré! —gritó precisamente la mujer loca y atacó a uno de los soldados. Una ráfaga de balas la acribilló. Se escucharon algunos gritos y llantos. El cadáver de la infortunada mujer yacía ensangrentando el suelo. Nadie más intentó resistirse y una a una fueron atravesando la puerta dentro de la neblina gris. Una vez del otro lado, muchas gritaban ate-

rradas. ¿Qué era lo que veían? Joan pronto lo sabría.

Después de que pasó la última, el umbral se cerró y los militares respiraron más aliviados. La pesadilla había terminado... Al menos para

ellos. Los gobiernos no temían que se filtrara la información. Aun si alguien pudiera creerlo, ¿qué soldado iba a confesar aquello tan atroz que habían hecho?

© DANIEL GONZÁLEZ, 2013.



DANIEL GONZÁLEZ CHAVES  
(Costa Rica —San José, 1982—)

Reside en el cantón de Tibás y publicó dos novelas y cuentos en **Axxón** y en **Sci-Fdi**.

En **NM** colaboró con “Los demonios en la cueva” (# 27).

tómago, que nacía de su miedo, se fue quedando pequeño frente a la desesperanza. Escuchó los arietes a lo lejos, en lo bajo de la montaña, que chocaban contra los portones del centro de investigación. Desesperado, pensó en algún modo de esca-

par, en la manera de burlarlos, pero sólo pudo respirar, agitado.

Los invasores lo descubrieron tirado en el piso de la biblioteca, borracho.

© CARLOS RANGEL SANTOS, 2012.



CARLOS RANGEL SANTOS  
(México —Aguascalientes, 1987—)

Frecuente colaborador de la revista, en **NM** publicó “No me temas” (# 17), “Departamento 9” (# 20), “La estatua” (# 22), “La fiesta” (# 24) y “Soñando” (# 28).

fueron en su persecución. Con el tiempo, la vida en el planeta siguió su curso, aunque de manera diferente. Los que se quedaron se dieron cuenta de que con la guerra se había inutilizado gran parte de las grandes centrales de energía y de que las naves que quedaban no eran capaces de realizar viajes largos por el sistema.

Hubo saqueos, guerrillas, destrucción de las centrales que aún funcionaban y del equipo de telecomunicaciones del imperio; caos. El gobierno planetario se fraccionó en varios más pequeños, instalados en diversos continentes, y ya no hubo más comunicación con otros mundos. Pasaron los milenios y nadie volvió a escuchar de la guerra espacial, de viajes interplanetarios ni de grandes tecnologías. Se formaron sectas que remedaban los usos de los hombres de ciencia, nuevas dinastías, naciones cuya gente quedaba en la ignorancia. Se llamó "brujería" a la capacidad de comunicarse con otro a la distancia, o el mencionar que existió alguna vez la posibilidad para que la gente volara. Todos parecieron olvidarse de que alguna vez su planeta figuraba entre las provincias de un grande y próspero imperio, que se expandía por las estrellas en su sed de saber.

Pero algunos aún recordaban; existía una pequeña ciudad de militares y científicos que trabajaban en las instalaciones de un gran centro de investigación. Esas gentes se organizaron para proteger lo que quedaba de su cultura. Cuando vino el decaimiento general, ellos aún gozaban de un poco de la tecnología. Se las arreglaron para vivir en el secreto,

manteniendo a sus descendientes instruidos en las artes y técnicas que ellos dominaron; así, el antiguo saber pudo continuar por milenios. En las escuelas se les enseñaba a los infantes que el imperio volvería con sus grandes cruceros estelares y que toda la iniquidad del mundo sería borrada.

Mas fueron descubiertos y su civilización fue destruida por hombres iletrados que los superaban en número y fiereza. Cien rifles de pulso no valieron nada contra diez mil flechas. Así fue que el joven investigador estaba apartado de todo y de todos, sin más oportunidad de vivir en las afueras, donde todo era quemado. Fue a la sala principal a leer un poco; le gustaba un libro de historia que narraba cómo una matemática que se había quedado atrás se despedía de su esposo, un capitán de la flota imperial que tenía bajo su mando una nave interestelar. El hombre le dijo que volvería lo más pronto que pudiese, y que lo primero que vería a su regreso iba a ser la insignia de su acorazado imperial: un dragón de alas doradas que sostiene una estrella en su garra derecha.

Los viejos sensores de movimiento le indicaron que había muchas presencias en el exterior del observatorio. Se asomó por las ventanas y pudo ver a la horda avanzando hacia la puerta, al frente había hombres vestidos con pieles que llevaban a sus ídolos de bronce sobre los hombros. Se dio cuenta de que iba a morir. Regresó al gran telescopio y se dispuso a no pensar en lo que pasaba; ya no le importaba. El frío en su es-

—¡Constanzaaaa! Están a punto de partir. ¡Apurate que nos dejan! —gritó Nacho.

Quedaban pocos caballos por montar y comenzaríamos nuestra soñada cabalgata por las sierras.

Pirincho, amigo de la infancia de papá, nos guiaría hacia el Hueco de la Paloma y luego ascenderíamos hasta La Gruta.

En total sumábamos veintitrés jinetes con sus caballos; algunos principiantes, otros más experimentados. Los mansos animales iban uno detrás del otro atravesando arroyos y escalando el cerro. Nuestros fieles perros, Yago y Pampero, acompañaban alegremente la comitiva, correteando a nuestro alrededor.

Llegamos al punto donde debíamos dejar los caballos y seguir a pie.

Enzo y papá nos ayudaban a subir los peñascos más expuestos, tratando de impedir que nos lastimáramos. Cuan-

do logré incorporarme sobre una gran planicie sentí una cálida corriente de aire en mi rostro y me invadió una rara y agradable sensación. Inspiré muy profundo para impregnarme de ella y sentí que Paula me tomaba de los pies para subir a mi lado.

—¿Sentís algo extraño? —le pregunté, temiendo que pensara en una broma.

Ella inspiró profundamente y me miró sorprendida.

—¡Sí! ¿Qué es?

—Ni idea, pero se siente maravilloso.

Miramos en todas las direcciones y no percibimos nada fuera de lo común, cuando escuchamos a Pirincho que decía: —Acérquense sin hacer ruido al arroyito y miren las pequeñas truchas.

Era una hermosa imagen verlas nadando en el agua cristalina, en completa libertad. Estábamos senta-

## EL INVESTIGADOR

CARLOS RANGEL SANTOS

dos sobre una gran piedra, observándolas desde lo alto, cuando volví a percibir la cálida brisa. Miré a Enzo y a Nacho; por la expresión de sus rostros me di cuenta de que ambos habían experimentado una sensación similar. Cruzamos nuestras miradas pero no dijimos ni una sola palabra. Nos dispusimos a seguir la escalada para alcanzar cuanto antes a Valentina y a Julissa.

Papá nos ayudó a subir por un enorme tobogán y llegamos a lo que parecía haber sido, en un pasado muy lejano, el lecho de un arroyo, colmado de pequeñas piedras redondeadas de colores rojizos, sobre las cuales estaban enclavados dos tremendos peñascos en forma de triángulo con sus bases unidas arriba, tan altos como el techo de mi casa. Entre ambos se abría un hueco —una suerte de arcada piramidal, con su base hacia abajo— por el que podíamos pasar de a dos. Y nos dimos cuenta de que del otro lado del hueco los colores se modificaban, yendo desde el violeta hasta el azul más intenso.

Enzo llamó al resto del grupo para que experimentara la magia que se generaba al atravesar el misterioso pasaje pétreo, pero seguían su escalada, pareciendo no escucharnos. Extasiada, contemplaba la extraña transformación de los colores del paisaje serrano, cuando de repente descubrí, mimetizado entre las piedras, un huevo color zafiro brillante.

—Chicos, ¡vengan rápido!

Todos pasaron apurados por el pasaje triangular, quedando instantáneamente impregnados de esa agra-

dable y desconocida sensación de aromas y colores irreales.

—¿Y ese huevo? —preguntó Valentina.

—Para gallina es muy grande, aparte de no haber visto a ninguna por aquí arriba. Para avestruz, creo que es chico. Su color es increíble —dijo Enzo.

—¿Tienen idea de qué bicharraco será? —preguntó Julissa mientras yo levantaba cuidadosamente el huevo del pedregoso suelo, para que todos pudiéramos observarlo mejor.

—Ni idea. Espero que no sea de víbora —dijo preocupada—. ¿Y ahora qué hacemos con él?

—Llevarlo, por supuesto —dijo Nacho con decisión.

Lo envolvimos en una bufanda y lo metimos adentro de mi mochila.

Resolvimos no revelar a nadie el hallazgo, por miedo a que nos despojaran del huevo, y juntamos nuestras manos como pacto de silencio.

De repente sentimos que el suelo temblaba y los relajados colores azules y violáceos se convirtieron en grises verdosos. Comenzó a tronar el cielo y el sol desapareció detrás de densas nubes oscuras. Los perros aullaban desesperados y los cerros a nuestro alrededor comenzaron a moverse, convirtiéndose en una suerte de animales jurásicos que parecían escapados de Wikipedia. Intentamos huir por el pasaje piramidal, pero éste había desaparecido y no podíamos volver. Comenzamos a correr aterrorizados, buscando refugio.

Yago y Pampero corrían con nosotros como si supieran por dónde escapar. Escuchamos gritar a Valen-

La desesperación de encontrarse solo en aquel mundo de tinieblas lo hacía temblar; en los amaneceres fríos de la montaña, en los almuerzos solitarios. La horda que venía de los bosques avanzaba quemando todo rastro de la vieja ciencia; los escritos incomprensibles, cada aparato de medición legado por los antiguos maestros. Pasaba los días encerrado en el último observatorio. En los alrededores había montañeses hábiles para combatir y montar a caballo. Él era el último estudiante de la Academia; le había tocado la suerte de cuidar (o ver destruido) el centro de estudio. Los demás habían muerto por las espadas o huido hacia la costa en búsqueda de un barco que los llevase a las islas del Sur.

La ciencia era la única razón del joven para existir. De niño, cuando los maestros lo encontraron abandonado, se decidió que su destino era

el de servir únicamente al conocimiento. Le enseñaron la tradición de que el saber de esa tierra venía de una ancestral alianza de mundos habitados por hombres. Le dijeron que en tiempos inmemoriales el cielo era surcado por vehículos tripulados por gente como él. En aquellos días, el planeta formaba parte de un gran imperio dedicado al progreso de la civilización humana.

Entonces, la gente del imperio entró en contacto con otra raza cuya sangre derramada en las batallas no era roja. Hubo combates que a veces terminaban con la exterminación de planetas enteros. El conflicto llegó desde el cielo. La guerra que se libró entre las fuerzas de los hombres y los invasores devastó las ciudades grandes; murieron millones de personas. Entonces los no-humanos fueron expulsados muy lejos entre las estrellas distantes, y las grandes naves

Se muere por las chucherías terrestres, por la postura terrestre. Tango y joropo, ¿no tenemos nada de nosotros para ofrecer? Si hasta vivimos apiñados igual que los terrestres.

—No. Me niego a creer semejante barbaridad, Plutarco.

—Armando, mi querido Armando. Mi amigo. Nos dejaron ser heroicos porque les daba lo mismo. Hasta se sacaron de encima la ayuda tecnológica: ahora debemos pagarla.

Y Plutarco se tomó el café.

—Te agradezco la invitación —me dijo—. Para finalizar, he de decirte que siempre terminamos votando la imagen de un padre protector y comprensivo. Alguien que nos va a salvar. ¿Salvar de quién? ¿De nosotros mismos?

—Pero...

—Nacimos perros miedosos, Armando. Y seguimos siendo perros miedosos. Miedosos de perder el cordón que nos une a nuestros amos. Por eso votamos un papá: alguien

que mantenga firme el cordón y que al mismo tiempo ese cordón no nos ahorque.

—No puede ser.

—Piénsalo, Armando. ¿Cuántas elecciones pasaron? Y siempre se repite todo. —Y se levantó—. Hasta el infinito, Armando. Caemos de un padre condescendiente a uno con el látigo en mano. Pero siempre votamos igual, amigo mío.

Y se dispuso a caminar.

—Oye, ¿dónde vas?

—Voy en busca de esa agradable mujer alta, con un vestido negro. No me quita los ojos de encima.

—Tú eres casado, Plutarco.

—Pero, justo en ese punto, no colonizado.

Y se marchó nomás. Y a mí me dejó con la intriga de preguntarle qué pito tocaban los timbales en todo esto. En fin, pedí mi decimotercer café. No me gustan los números pares.

© RICARDO G. GIORNO, 2013.

RICARDO GERMÁN GIORNO  
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Enemita de la primera hora y amigo de esos que se desean desde siempre, a lo largo de la historia de la revista, publicó “Sólo trabajo” (# 1), “Gómez y Ricuti” (# 3), “Las moscas son las primeras en darse cuenta” (# 5), “¡Oh, el fútbol!” (# 10), “Dolores que se pasan” (# 12), “El tiempo es un capricho que nos imponemos” (# 14), “Argentina potencia” (# 16), “Bellar” (# 18), “La sangre no sueña” (# 21), “¿A vos te parece?” (# 23) y “Una noche más” (# 28), algunos de ellos reeditados en **Axxón** 248, número dedicado exclusivamente a su producción, lo que nos demuestra que no estábamos errados cuando en él olfateamos a un buen colaborador.

tina; estaba acorralada por un baboso y escalofriante gigantesco dinosaurio. Los perros se abalanzaron sobre él y, ante nuestro horror, el monstruo devoró a Yago de un solo bocado, lo que le permitió a Valentina escurrirse y seguir trepando el cerro.

Todos gritábamos pidiendo auxilio mientras corríamos. Pampero se detuvo husmeando y ladrando. Enzo gritó: —Bien hecho, Pampero. ¡Rápido, chicos, entren por aquí!

En la pared de piedra, entre arbustos de muérdago y pajonales, había algo parecido a un ojo de buey, por el que podríamos pasar de a uno y reptando... si nos apurábamos. Del otro lado del hueco había una cueva. Y pasamos rápidamente a su interior. Únicamente faltaba Enzo, que quedó cubriéndonos a las mujeres. Cuando sólo le faltaba entrar las piernas, empezó a gritar desesperado; uno de los monstruos que nos venían persiguiendo se las aprisionó y comenzó a tironear para llevárselo. Nosotros, del otro lado, también tirábamos de sus brazos, intentando ayudarlo. Pampero mordió frenéticamente las patas de la bestia para que soltara a Enzo y lo logró, pero a costa de su vida; el monstruo también se tragó al fiel animal. Logramos entrar a Enzo a la cueva y vimos horrorizados que le faltaban ambas piernas a la altura de las rodillas. Rápidamente le practicamos torniquetes para detener la hemorragia. Enzo quedó inconsciente del dolor. Nos apretujamos dentro de la cueva dándonos calor, advirtiendo que deberíamos pasar la noche allí y salir con las primeras luces a buscar ayuda.

Los dinosaurios no paraban de emitir sonidos ensordecedores del otro lado del hueco. Recordé el huevo en la mochila y les propuse a todos deshacernos de él. Julissa se acercó sigilosamente hasta el hueco y dejó rodar el huevo hacia el exterior de la cueva.

De a poco se fueron acallando los gritos y quedamos completamente a oscuras y en absoluto silencio.

—¡Por aquí! ¡Creo que los encontré! Voces y ladridos de perros nos despertaron y vimos a Papá asomarse por el hueco.

—¡Por fin! ¿Están todos bien?

Nos abrazamos llorando y salimos uno a uno de la cueva, mirando los cerros con desconfianza.

Hablábamos gritando y llorando todos juntos histéricamente, intentando explicar lo ocurrido, y vimos que Papá y Pirincho reían a carcajadas.

—¿Qué es tan gracioso, papá? Enzo está adentro de la cueva. Una de esas bestias descomunales le arrancó las piernas y casi lo devora. ¡Le practicamos torniquetes porque se está desangrando! También se comieron a Yago y a Pampero. —Y rompí nuevamente en un desconsolado llanto.

Quienes habían venido a rescatarnos no disimularon lo divertido que les resultaba la situación. No pude comprender el porqué hasta que entre sollozos miré hacia atrás y vi venir a Enzo... ¡caminando! Todos lo miramos con incredulidad y asombro, el mismo asombro con que él se miraba las piernas.

—Quisieron explorar el cerro por su cuenta, ¿no? ¡Se perdieron y no

supieron volver, los geniales aventureros! Se les va a hacer difícil explicarle esta historia de monstruos y animales jurásicos a Mamá, que estuvo toda la noche en vela, preocupadísima por ustedes. Pirincho me aseguró que dirían un relato de este tipo. Parece que a todos los que se pierden en las Sierras de Tornquist

se les da por inventar el mismo cuento. Bueno. Todo muy emocionante, pero ahora hablaremos en serio, chicos. ¿Dónde están nuestros perros? —dijo papá, mientras levantaba del suelo lo que parecía haber sido el cascarón de un huevo muy, muy grande.

© LELIA TORBOLI, 2013.



LELIA TORBOLI  
(Argentina —El Palomar, Buenos Aires—)

Profesora de Educación Física y de Música, reside en Tornquist, provincia de Buenos Aires. En 2007 publicó *Historias de la Comarca*, con cuentos ambientados en la geografía de Sierra de la Ventana.

Colabora con cuentos infantiles para la revista **Primer Ciclo**, de Editorial EDIBA.

Le hice señas al robocamarero; le pedí otra ronda de café. Justo había elegido este bar porque a los camareros les habían desconectado la voz, así que traían el pedido al instante. ¡Y ya íbamos por la décima ronda!

—Plutarco, me tienes bien agarrado de los huevos. No entiendo nada. Pero nada de nada, ¿eh? Para mí, todo lo que has nombrado son cosas inconexas entre sí.

—La revolución duró bien poco. De parte de la Tierra, apenas murieron unos pocos terrestres y unos cuantos marcianos depilados.

—¡La Tierra se rindió ante nuestra supremacía!

—Sí, claro... —Y se bajó el último resto del décimo pocillo. No me quedó más remedio que pedir otra ronda—. También fue corta la época del heroísmo marciano, donde no entraba ningún envío desde la Tierra.

—Nuestro primer presidente nos advirtió: si proseguíamos en esa tesitura, nos sucedería lo mismo que a China con su muralla.

—Muy oportuno nuestro primer presidente. Ahora bien, fíjate en la agradable mujer alta con un vestido negro... No tendría por qué usar vestido. Es más, ninguno de nosotros necesita usar vestimentas. Hemos evolucionado armándonos de diferentes pelos en nuestro cuerpo. Hasta le damos el tinte y la tonalidad que se nos plazca. ¿Por qué usamos ropa?

—Vamos, Plutarco, te conozco. Me vas a decir que porque en la Tierra se usa.

—Lo has dicho tú, Armando, no yo. Otra cosa: todo este asunto de

los implantes, cuando somos tan pocos y nos sobra el tiempo. Todo este asunto de apiñarnos en bares y lugares de recreo, cuando tenemos a Marte deshabitado a nuestra disposición.

—Aquí te doy la razón, Plutarco. Esta conversación, este encuentro, se produjo gracias a que vi un enorme lobo lanudo corriendo por entre los álamos.

—Ahí tienes. Has hecho muy bien en salir a la superficie. Entonces, resumiendo: ¿qué une, amalgama, da sentido a todo lo que te estuve narrando?

Lo miré de nuevo. Bien a los ojos, lo miré. Y él me devolvió una tierna sonrisa condescendiente. ¡Quería pegarle! Para calmarme me distraje con la agradable mujer de vestido negro, con los restos del *Curiosity*, con los robocamareros yendo y viniendo en silencio, con las aguamarinas.

—No sé —le dije por fin.

—Te lo voy a decir, mi amigo: todavía somos colonia. —Y levantó el dedo índice, declamando—. La peor colonia de todos los colonialismos posibles: deseamos ser colonia.

—¡En eso te equivocas, Plutarco!

El degenerado volvió a revolver el pocillo vacío. ¡Doce rondas, ya!

—¿Así que me equivoco? Nuestros conciudadanos se mueren por trabajar en una película de la Tierra. Se depilan más que a gusto, y adoptan ese acento terráqueo que cuando estamos entre marcianos solemos deplorar.

—Bueno, pero eso...

—...y el pueblo. —Levantó las manos para enfatizar—. ¡El pueblo!

—¿Has visto que en las películas no aparece ninguno de nosotros?

—¡La industria está llena de nativos marcianos!

Plutarco revolvió la cucharita en la taza vacía. Señal de que yo debería pedir otra ronda.

—Dime —me dijo, los ojos chispeantes—: ¿qué pelambre te gusta más de los artistas marcianos?

—Pues...

—¡Exacto! ¡Todos se depilan!

—Ahora que lo mencionas.

—Otra cosa: ¿cuánto hace que Marte proclamó su independencia?

—Cien años, justo. Hace poco terminaron los festejos.

—Con permiso —me dijo y se levantó.

Lo vi caminar en dirección del escusado.

Y pasó muy cerca de la mujer alta.

Volvió a sentarse en el mismo lugar, y le dio un sorbo al pocillo recién servido.

—Cien años marcianos. Serán un poco más de doscientos años terrestres.

—Y, sí —dije, reacomodándome, y sin saber adónde quería ir él.

—Hace un tiempo, en el mismo bar céntrico, escuché una conversación en el éter que mantenía un pardillo de pelambre corta, amarrada, de unos siete años de los nuestros. Hablaba, como te decía, al éter con varios de sus amigos. El implante coclear al máximo, claro, tal como es usual hacerse puré el cerebro hoy día.

—Y, sí.

—“Estoy cultivando un resfriado”, decía una de las voces. “¿Un resfria-

do con este calor?”, dijo el Pardillo. “Estos terrícolas están locos”. “¡No soy terrícola!”, respondía el primero, “sólo me depilo un poco”. “¿Hace frío allá?”, decía otra voz. “Además”, seguía el Pardillo, “seguro que es ilegal cultivar esas cosas”. “No mucho, ja ja ja” (otra vez el primero). “Pero me lo pegaron en el metro, y luego me quedé la noche viendo holos de la Tierra con los pies descalzos”. “Vamos, la típica razón por la que uno pilla un resfriado”. “Tal cual, la Tierra siempre es la culpable, je je”. Y una nueva voz acotó: “Ah, contra eso prevendremos nosotros a nuestros nietos cuando los tengamos”. “No, en serio. Las holos de allí son alucinantes”. Y el Pardillo: “¡No mirés holos de la Tierra con los pies descalzos, que te vas a resfriar!”. Y la tercera voz: “Es que no se puede prevenir... desgraciadamente todos querrán ver holos de la Tierra con los pies descalzos, y así llegará el fin de la raza marciana...”. Y, a esto último, risas generales.

Me lo quedé mirando. Bien fijo lo miré. Y él, como si nada. De un sorbo terminó su octavo café.

—Todavía no te enteras, ¿no, Armando?

—Y no. Ni cerca ando.

—Bien, pasemos revista a lo que tenemos. Por un lado, la Independencia de Marte. En el medio, la agradable mujer alta con un vestido negro, la conversación de las niñas, la conversación del Pardillo, el exquisito café colombiano, las películas de la Tierra. Y, anteponiéndose, las elecciones presidenciales, los timbales y los perros cobardes.

## CÍRCULO

CARLOS MORALES

—Todavía no comprendo bien cómo será la cosa —dijo el profesor B.

—Es que no eres especialista, como yo lo soy —aseveró el profesor A, mientras terminaba de ajustar la anteúltima tuerca de su máquina.

—Es que eso de... de mirar el futuro, no me cabe —refunfuñó el primero.

—Hombre de poca fe —declaró el profesor A—. No se trata de mirar el futuro, ya te lo dije. Se trata de conocerlo.

—Vamos, ¿qué diferencia hay?

—Si todo sale bien —declaró el profesor A, limpiándose la grasa de las manos en el mameluco—, estaremos en condiciones de conocer todo lo que sucederá en el futuro. Será como tener una línea de sogas atada al techo, y por ella podremos subir y bajar.

—Qué tontería —declaró B—. No puedo imaginarme el tiempo como un cordel que baja del techo.

—En realidad —dijo el profesor A, levantando su cansada humanidad del suelo—, es más bien como un par de conos unidos por el vértice. Ven, vamos a la pizarra.

Mientras A terminaba de asearse, el profesor B limpió cuidadosamente la vieja pizarra con un lienzo húmedo. Ingentes ecuaciones desaparecían con un mágico pasar de su mano de gruesos dedos.

El profesor A tomó una tiza y dibujó una gran X en el encerado.

—Atiende, querido amigo. Éstos son dos conos unidos por el vértice, ¿los ves? El de arriba es el futuro; el de abajo, el pasado. En el punto en que se unen estamos nosotros; es el presente.

—Eso parece evidente —repuso el profesor B.

El profesor A lo miró algo mosqueado, pero continuó con la explicación.

—El presente, este punto que ves, esta intersección, es una falla.

Por su culpa, vemos el universo como lo vemos. No sé por qué está ahí, pero lo más lógico, de acuerdo con mis ecuaciones, es que el tiempo sea como una bola —y dibujó un gran círculo en la pizarra, cruzando las líneas anteriores—, en cuyo centro estaríamos nosotros. ¿Lo ves?

El dibujo final le parecía a B más bien un gran dulce, un caramelo con su papel enroscado, pero prefirió no hacer ese comentario.

—Esta máquina que he creado —lanzó A, mientras asestaba una firme palmada al marco del invento— solucionará el asunto. Al entrar en ella y activarla, el tiempo a nuestro alrededor se volverá circular y podremos ver en su totalidad las eras desde que existe el universo, y hasta donde permanezca.

—¿Te refieres a que podremos ver también el pasado?

—Eh... Sí, claro, eso dicen las ecuaciones.

—¡Fantástico! Creí habías dicho que serviría para el futuro nada más...

El profesor A volvió a mosquearse un poco.

—Bueno, a mí me interesa sólo el futuro, el pasado es...

—¡Tonterías! —replicó su socio en la empresa—. ¿Acaso no te gustaría conocer a Einstein, por ejemplo? Gracias a él es que has podido planear esto.

¡Ah, qué mala suerte! No era conveniente invocar a otro genio si uno hablaba con el profesor A.

—Einstein veía sólo la mitad de las cosas —gruñó el inventor—. Mejor dejemos esto para otro momento; hay que probar la máquina.

—No, espera. Dices que el tiempo es como dos conos unidos por el vértice. ¿Por qué conos, y no otra figura?

El profesor A, que ya había dejado la tiza, la tomó de nuevo aunque a regañadientes.

—Mira, estamos aquí, en el presente. Yendo al futuro, comienza a actuar la teoría de las probabilidades; esto significa que por cada suceso hay muchas variantes posibles, y por eso el tiempo se ensancha.

—Ajá, lo veo.

—En cuanto al pasado, sucede lo mismo; la diferencia es que, en lugar de las probabilidades, lo que actúa ensanchando el tiempo es el deterioro de los datos, la pérdida de información. A medida que nos vamos más lejos en el pasado, la exactitud de los detalles baja y las posibles explicaciones para un determinado suceso pasan a ser múltiples. Es una relación inversa, ¿entiendes?

—Bien..., supongamos que entiendo. ¿Y qué hace tu máquina?

—Mi máquina amplía el presente para acercar a nuestra capacidad de visión tanto el futuro como el pasado. Entonces, como estamos en el centro de la esfera, todo nos quedará claro, ¿comprendes?

—Bueno, creo que comprendo, pero...

—Basta ya, perdemos el tiempo.

—Pero... ¿y la sogá de la que hablabas?

—Si sigues retrasándome te colgaré con ella, ¿qué te parece?

El profesor B conocía desde mucho tiempo atrás al profesor A, y sabía que era algo cascarrabias, pero lo admiraba por su gran inteli-

mo habrán hecho los de la Tierra para traer ese cachivache hasta acá? También me agradaban las aguamarinas que los láseres dibujaban sobre el escudo energético. Me felicité por la elección del bar.

No bien arribó mi amigo, pedí la primera ronda. Y él se largó a hablar sin necesidad de que yo le preguntara.

—Mira, Armando —me dijo muy serio—, venía pensando justo en ti, en la charla que mantuvimos. Y los otros días, en un bar céntrico, presencié una intrigante conversación entre dos niñas hermosísimas. Me parece que viene a cuento. La de pelambre blanca con motas violetas dijo: “No sé si ir al Museo Revisionista o al Ejército de Salvación”. La otra, con pelambre negra y reluciente, no contestó, por lo que Motas Violetas siguió hablando: “¿Al final le has preguntado al Pelado Moradas lo del récord Guinness?”. La negra: “Ah, no, me olvidé. Fíjate si anda por el éter, pregúntale tú”. Motas Violetas giró la cabeza con la cara enfrentada al techo, los ojos cerrados: “Síiiii, ahí está”, dijo, abriendo los ojos y dando palmadas. “Y explica que, en efecto, va a bailar tango en Other Caracas, pero como no tiene vestimenta para el tango se va a poner el perramus de Casa Blanca”. La Negra se rió a fuertes carcajadas: “¿En Other Caracas no se baila joropo?”, dijo. En eso, y antes de que pueda responderle, Motas Violetas recibe un audio surgente, de un tipo hablando sobre el contrapunto tango-joropo en Other Caracas. La negra pone cara de extrañeza: “¿Ése es Moradas? No parece su voz...”. “No, es Arnold Schwarzeneg-

ger. Bueno, me voy al Ejército de Salvación”.

Mientras me acariciaba la barbilla, me lo quedé mirando a Plutarco.

—Esta vez no puedo seguirte, mi amigo —le dije.

Él también se acarició la barbilla.

—Sí, es difícil, Armando.

—¿Entonces?

Levantó la vista. Recorrió el local. Se veía a las claras que buscaba algo. Por fin, con disimulo, señaló para la barra.

—¿Ves esa agradable mujer alta, con un vestido negro?

—¡Por supuesto! No puedo dejar de desviar mi vista cada tanto. El pelaje plateado le sienta de maravilla con el vestido negro, y ese fondo rojizo de la ladera del cráter la realza aún más. Pero no veo qué...

—...no me interrumpas. Sólo contesta.

—Está bien.

—Dime: ¿qué es lo que más te seduce de ella, Armando?

—Ese pelaje plateado, la altura, su porte. Hasta la cabellera lacia, también plateada, con vida propia.

—Bien... —me dijo—. O sea que el vestido sería sólo un accesorio. —Y le dio el primer sorbo a su quinto café—. Ah, café de Colombia. Nadie lo pudo superar.

—De lo poco que se trae de la Tierra que realmente vale la pena.

Me sonrió, cómplice.

—Has dado en el clavo. Aunque otra de las cosas que se “traen” son las películas.

—Holografías, querrás decir. Ahora que lo pienso, le seguimos diciéndole películas. Pero no veo qué...

todo animal, hombre incluido, si estaba rodeado por un medio hostil que lo indujera a vivir constantemente asustado, tendía a reducir su cría de machos. O lo que esto último significase.

—¿Lo que esto último significa-se? —le dije.

—Una teoría, aviso. Nada todavía confirmado, Armando.

—Sí, ¿y?

—Es que entonces, según esta teoría, la conservación de la línea genética pasa a la mujer o hembra.

No supe qué responderle, o si era en realidad necesario responderle. Para mí que me estaba gastando una broma; nada raro en él.

De ahí saltamos al tema del día: las elecciones presidenciales. Destaqué mi asombro al verificar que los únicos dos Estados en los que había ganado la oposición habían sido Nueva Buenos Aires y Chascomús For Ever.

Me explicó que eso era comprensible, porque la población de esos dos Estados estaba conformada por gente muy seria, laboriosa, esforzada, valiente y culta. Además de la valentía, seriedad y orgullo de ese pueblo, estaba el hecho de que sabían usar perfectamente los timbales.

En eso le repicó el implante cclear. A pesar de lo bajo del volumen, supe que se trataba de su mujer. Cómo no reconocer ese timbre de voz. La señora le gritaba una sarta de monosílabos; una conversación en clave, pensé. Igual, poco me importaba.

Se levantó, apuró el último sorbito de la cuarta taza de café, y se des-

pidió. Sólo tuve tiempo de preguntarle qué tenían que ver los de Chascomús y Buenos Aires, los perros cobardes, los timbales y las elecciones. Y ya del otro lado del escudo energético del bar, sus pelos al viento, me dijo: —Nada que te pueda decir desde acá. Adiós, Armando.

Y me dejó muy intrigado.

Como por entonces no tenía nada qué hacer, me bajé al tricorder una parte del diccionario enciclopédico galáctico (la “Temática del folklore marciano”, un libro con más bits que el historial de pastas trituradas por la panza de Plutarco) y no descubrí ningún nexo entre los perros cobardes, los timbales y el folklore de los bonaerenses y chascomusinos. Me quedé con ese cosquilleo molesto que provoca la ignorancia. Y lo invité nuevamente a Plutarco a que nos encontrásemos en un bar.

Y ahora, disfrutando del sol y la brisa, tengo la firme convicción de recordar a mi amigo tomando uno y otro y otro café. Y me recuerdo a mí mismo tratando de seguirle el camino a su pensamiento. Muy interesante esa última conversación.

Aquella vez, en nuestro último encuentro, esperando dentro del bar a Plutarco, me entretuve mirando una mujer extraordinariamente alta. Y hermosa; desde mi punto de vista, claro. Acodada en la barra, lucía un vestido negro escotado de atrás y de adelante. La pelambre gris plata, radiante, me enneguecía los deseos. De fondo se podía ver la magnificencia del cráter Gale. En medio del bar, los restos carcomidos del *Curiosity* descansaban en una antigua vitrina magnética. ¿Có-

gencia. Se alzó de hombros y lo siguió a la cabina del artefacto.

—Está todo listo, esperemos que funcione —dijo A, conectando los últimos cables y cerrando la escotilla tras de sí—. Toma esa palanca a tu izquierda y a la cuenta de tres la bajas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El profesor A tomó a su vez la palanca situada a la derecha y contó:

—Uno, dos y ¡tres!

Un fuerte zumbido llenó de golpe la cabina, y todo a su alrededor comenzó a ponerse verde y borroso, como si estuvieran dentro de una vieja botella de vino.

—¿Marcha bien la cosa? —preguntó el profesor B.

—¿Cómo voy a saberlo? Nunca probé esto —replicó A.

—Eres un caso —protestó B—. ¿Cómo vamos a saber si tu máquina funciona, entonces?

—¡Ah!, es que tengo esto otro de mi invención —y tocó con el mugroso dedo una pantalla de rayos catódicos que sobresalía del tablero—. Es un analizador de ecuaciones del universo. Lo encenderé.

La pantalla se calentó y entregó al fin un par de igualdades.

—¿Lo ves? Dos conos.

—Entonces tu máquina no funciona. El profesor A suspiró.

—No pretenderás que mi invento modifique la forma del universo en sólo un par de minutos, ¿o sí?

—Entiendo. Hay que esperar un poco. Es una pena que hayas sido siempre tan impulsivo; podríamos habernos provisto de unos emparedados y un termo de café.

—Cállate. Observa la pantalla.

Por unos momentos, nada sucedió. Luego, los números y funciones que definían la forma del universo comenzaron a cambiar, y la cabina quedó encerrada en una nube de ominoso gris.

—No creo que veamos mucho del futuro con esta...

Una mirada del profesor A bastó para que B resolviera que era mejor no arriesgar su futuro antes de tiempo. Se concentró en el tubo catódico, pues.

—Observa —dijo al poco rato el profesor A—. Mira cómo rotan las ecuaciones y se simplifican. Ya casi tenemos una sola. Cuando sea una sola y haya igualdad, estaremos en el centro de la esfera del tiempo.

—Hum.

—¿Sólo eso puedes decir? ¿Hum?

—¿Qué querías que dijera?

—Olvidalo. Mira, mira... ¡La ecuación de la esfera! ¡Lo hemos logrado!

—Pues... así parece, sí...

A su alrededor, a través de la escotilla y los ventanucos de la sólida cabina, comenzaron a surgir relámpagos, imágenes confusas y abigarradas, colores y formas imposibles.

—Espera a que se estabilice y verás. ¡Seremos como dioses!

—Hum.

—¿Qué te sucede ahora?

El profesor B se cruzó de brazos.

—No me interesa eso de ser un dios. Yo soy un tipo sencillo.

—Era sólo una forma de decir, maldita sea...

La vibración se hacía más fuerte por momentos, y comenzó a combinarse con un extraño aullido que los obligó a elevar la voz.

—¿Cuánto tiempo supones que le llevará estabilizarse? —preguntó B.  
—No lo sé —gritó A.

Reverberos de luz y sombra les golpeaban los ojos y unos dolorosos rasguídos se cebaban con sus oídos. Allá afuera parecía que estuvieran en una guerra de almohadas, pero arrojándose pianos. Los eones andaban a los ladridos.

—Mira la pantalla —aulló B. Las ecuaciones volvían a danzar en el tubo catódico—. ¿Qué es eso?

—Creo que... algo anda mal...  
—Eso ya no es una esfera, es un huevo... Mira cómo crecen los valores... ¡Se ensancha!

—El futuro y el pasado se acercan... ¡El universo se vuelve sólo presente! —gritó A.

Y el universo huevo siguió haciéndose cada vez más aplastado, hasta que colap

© CARLOS MORALES, 2012.



CARLOS MORALES  
(Argentina —Merlo, Buenos Aires, 1961—)

Escribe y traduce para vivir, evidentemente (porque para sobrevivir basta con un empleo), y es un apasionado por la CF "dura", como se evidencia por sus colaboraciones en NM, donde publicó "El huésped" (# 5), "Contacto material" (# 13), "El honor que se merece" (# 18), "Buenas noches, amor" (# 22), "Nunca es el final" (# 24), "Herida" (# 26) y "Rastros" (# 28).

## UNA AGRADABLE MUJER ALTA, CON UN VESTIDO NEGRO

RICARDO G. GIORNO

*Vaya mi eterno agradecimiento  
al Sire Ermanno Fiorucci.  
Sin el puntapié inicial de su parte,  
este cuento no hubiese visto la luz.*

Maniobro para abrir el portal y salgo al exterior: me saluda el sol cálido. La suave brisa produce placer. Permanezco de pie frente a un ya conocido campo verde salpicado de flores, y limitado al fondo por una hilera de álamos. Inspiro profundamente. Sonrío.

¿Por qué seguimos viviendo en el *inframundo*, tal como denomino a las ciudades bajo la superficie? Ya evolucionamos. Ya nacemos así, peludos, perfectamente adaptados a la terraformación de Marte.

Vuelvo a llenarme los pulmones de este maravilloso aire sin filtrar.

Me recuesto sobre el pasto. Por entre los álamos diviso un enorme lobo lanudo. Eso me trae un recuerdo: hace un tiempo tomé café con Mestrio Plutencio. Plutarco, para los íntimos.

Mi amigo es tan culto, inteligente y reflexivo, que la conversación nunca sigue una línea coherente. Se puede

comenzar con el goteo de la regadera del baño y terminar especulando sobre la posibilidad de terraformar un planeta extrasolar.

—Y sí —me había dicho aquella vez que nos cruzamos en el bar de los baños termales del regenerado Monte Olimpo—, ¿por qué no? Si ya convertimos a Marte y Ganímedes en meras copias de la Tierra, ¿qué nos hace ir un poco más lejos, Armando?

Y Armando soy yo, para más datos.

Pero aquella última vez que nos vimos se me ocurrió plantear el origen de los dichos y refranes populares. Específicamente ese de "Perro cobarde no tiene novia". Debe de haber sido por el lobo lanudo que me vino este recuerdo. Y recuerdo también que, después de un momento de reflexión, Plutarco me dijo que había una teoría científica que sostenía que